



**PAGINA
NEGRA**

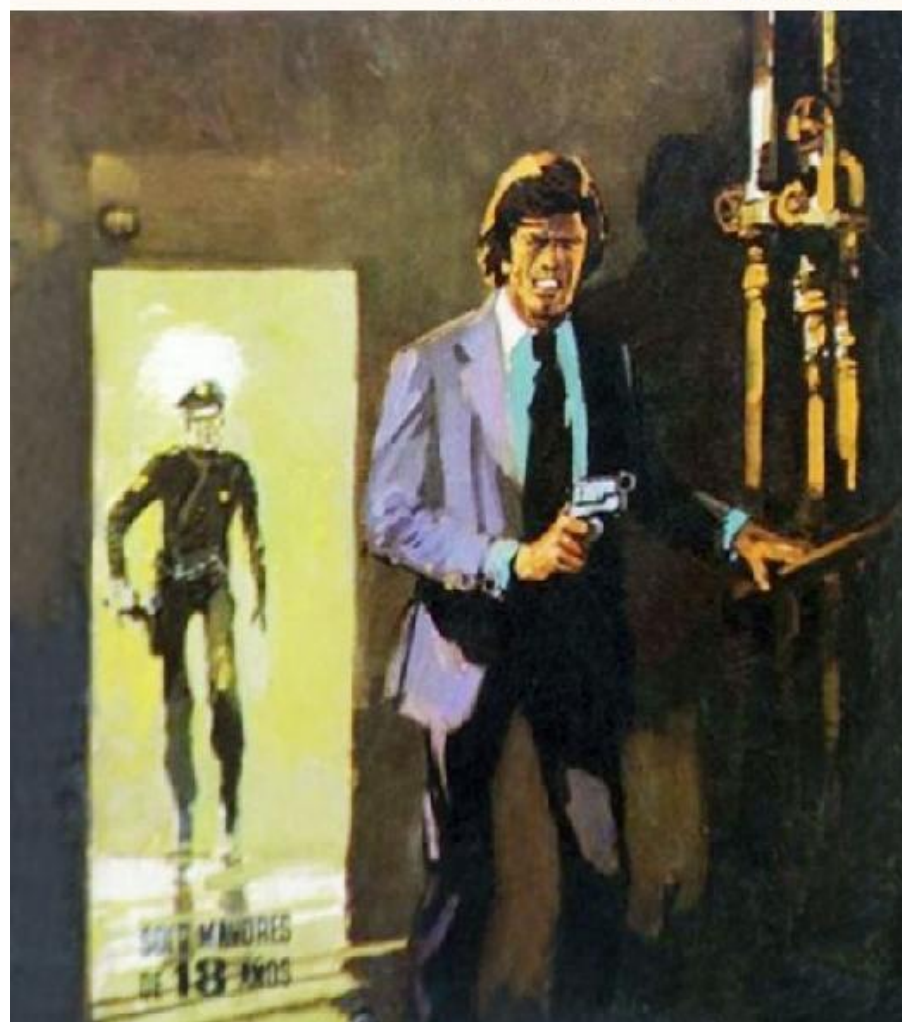
Albert Rosbund





**PAGINA
NEGRA**

Albert Rosbund



ALBERT ROSBUND

PAGINA NEGRA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 904
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Deposito legal: B. 22.021 - 1979

1.ª edicion: agosto, 1979

Impreso en España - Printed in Spain

© Albert Rosbund - 1979

texto

© Desfiló - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

*Para mis tíos y, en especial, mi prima Beatriz,
apasionada lectora de mis relatos.*

CAPITULO PRIMERO

Éramos ocho en una noche de perros. Del cielo, negro como el fondo de un pozo, caía una fina lluvia molesta, hacía un frío que casi obligaba a tiritar y para postre había que oler a mierda porque nos encontrábamos en un callejón oscuro, sucio y sórdido. Por otro lado, y en lo que respecta a un servidor, sufría un dolor de cabeza de cien mil diablos y lo único que deseaba era irme a descansar, con una buena dosis de acetil salicílico en el cuerpo.

Pero tenía que estar allí, junto con los demás, con la única luz que proporcionaban los faros de los autos, aguantando estoico la inclemencia del tiempo y la cefalea, iniciando las primeras investigaciones, cumpliendo con el sagrado deber de mi profesión.

Éramos ocho: siete vivos y un muerto.

El muerto se encontraba tumbado grotescamente entre un par de vacíos cubos de basura, una pierna y un brazo doblados en un inverosímil ángulo, las ropas semiestrozkodadas, el rostro convertido en una horrible máscara de huesos astillados y sangre. Era el único que hasta el momento no había protestado por aquella noche de perros.

—¡Mira que ocurrirme a mí esto...! —se lamentaba, casi gimoteando, el hombre que había descubierto el cadáver, un cincuentón calvo y rechoncho—. ¡Con lo aprensivo que soy para estas cosas...! ¡Brrr...!

Temblaba, no sé si por el frío o por la visión del cadáver, tal vez fuera por las dos cosas a la vez.

—Dijo llamarse Cummings, ¿no? —pregunté, encarándolo.

—Sí, sí —cabeceó. Las gotitas de lluvia se estrellaban contra su mondo cráneo y correteaban sobre él formando finos surcos—. Glenn Cummings.

—¿Qué hacía por estos lares? —seguí con el interrogatorio sin preocuparme de exhibir el bloc y el bolígrafo para tomar notas. No me apetecía en absoluto sacar las manos de los bolsillos de la gabardina.

—Bueno, yo... yo vivo aquí —explicó, todavía con un poco de miedo en la voz—. En el 38 de esta calle. Soy representante de comercio.

—Ya.

—Artículos de cuero —forzó una sonrisa.

—¿Regresaba a casa, se iba...?

—Re... regresaba.

—¿Cómo tan tarde?

—Estuve todo el día de viaje por distintos pueblecitos del condado. Acabé a las siete en Gorshan, ya sabe usted dónde; está. Entre lo mal que está la carretera y el tiempo que hacía... Soy muy prudente con el coche, ¿sabe usted?

—Entendido. ¿Qué pasó al llegar?

—Bueno, pues... pues lo vi. ¡Pasé con el coche y lo vi! —el timbre de su voz adquirió matices melodramáticos—. Primero pensé que era un borracho... pero cuando me acerqué a él comprendí... ¡comprendí que estaba muerto!

—Y llamó a la policía.

—Sí, señor. Desde esa cabina —señaló con un dedo tan tembloroso como el resto de su persona.

—¿No vio ni oyó nada?

—No, no, en absoluto. Todo estaba tranquilo, silencioso.

—¿Y el hombre ya se encontraba muerto?

—Yo... yo, al menos, no le vi moverse... Estaba tan espantosamente quieto como ahora... Desde luego, no lo toqué, no realicé ninguna comprobación... Corrí hacia la cabina y llamé...

—¿Y mientras venían los patrulleros?

—Na... nada... Pasé mucho miedo; solo eso...

—Está bien.

—¿Eso es todo, teniente? —preguntó con un poco de alivio.

—Mañana no se olvide de presentarse en el Police Department. Tendrá que firmar una declaración.

—Sí, sí... ¿Puedo... puedo retirarme?

Dirigí una mirada a los dos hombres uniformados del coche patrulla.

—¿Tomaron nota de sus datos?

—Fue lo primero que hicimos, teniente.

—Entonces, puede irse —asentí.

Retorné la mirada a los patrulleros y agregué:

—¿Se les ocurrió preguntar en el vecindario?

—Yo lo hice, teniente —respondió el de antes, un tipo fornido y joven, de encrespados cabellos castaños—, mientras ustedes venían.

—¿Y qué?

—Todos estaban en la cama, descansando. Nadie vio ni oyó nada.

—Hum.

Glenn Cummings se alejaba casi corriendo. Él se iba y otros venían.

Se trataba de un rutilante «Pontiac». El conductor se bajó portando un paraguas, lo abrió y luego alcanzó la puerta trasera. Por ella descendió un hombre menudo y elegante que caminó hasta nosotros escoltado por el chófer, quien le protegía de la lluvia. Para

combatir el frío se cubría con un costoso abrigo y llevaba manos enguantadas.

—Buenas noches a todos —saludó con voz aflautada—. ¡Hoy me ha tocado a mí la china...!

Era el juez Carpenter, McCambridge y yo le conocíamos. Todos correspondimos a su saludo y él llegó como un señor hasta el muerto. Las caras de los dos enfermeros de la ambulancia que allí esperaba con su luz giratoria aún en funcionamiento, se alegraron un poco con la aparición de tan majestuoso personaje.

El funcionario policial que había venido conmigo, McCambridge, un tipo comodín que hacía guardias nocturnas, ya le había tirado varias placas fotográficas al muerto y había trazado su contorno en el mojado suelo. Me miró, resoplando, mientras el juez Carpenter se inclinaba para curiosear mejor el cadáver. Su inseparable chófer trazó un arco con su brazo para evitar que el abrigo de precio de su patrón se humedeciera.

Yo me acerqué a McCambridge.

—¿Qué impresión te ha dado el muerto? —le pregunté.

—Yo no soy el forense. ¡Condenada lluvia!

Arreciaba, la condenada lluvia arreciaba, y McCambridge y yo no teníamos el humor de Gene Kelly.

—Lo sé, coño —solté el taco, agobiado por el malestar que me embargaba y recordando las palabras de Parker, el forense; «No es necesario que vaya, Grant. Lo veré en la Morgue. ¡Qué tiempo! ¿eh?» ¡Qué gente, coño! —. Pero solo te tengo a ti.

—Pues ya has visto —hizo una mueca—. Le han dado una paliza de muy señor mío.

—No parece tener ningún impacto de bala...

—Ni tampoco lo han estrangulado. Para mí es claro que ha muerto de los golpes. Ya te lo confirmará Parker.

—Parker, menudo pajarraco.

Mis labios dejaban escapar una nueva obscenidad cuando Carpenter llegaba ante nosotros. Su rostro impoluto nos dedicó una sonrisa desprovista de humedad.

—¿Se sabe quién es? —preguntó.

—No.

—¿No llevaba algún documento?

Miré a los patrulleros.

—No llevaba absolutamente nada —respondió el joven fornido—. Alguien lo registró antes que nosotros. Supongo que los que le proporcionaron la paliza.

—¿Ningún otro dato?

—No.

McCambridge agregó algo a la parquedad de mis contestaciones:

—Parece evidente que no lo golpearon aquí. No hay señales de violencia. Nadie del vecindario escuchó nada. Es lógico pensar que sus asesinos se limitaron a tirarlo aquí como si de una basura más se tratara.

—Será así, McCambridge; usted tiene muy buen olfato —le alabó, con una sonrisa que yo conocía muy bien—. ¿Sería tan amable de sostenerle el paraguas a Peter?

Estaba cogido. McCambridge tomó el paraguas, imagino que mascullando para sí palabrotas irreproducibles. Peter ayudó entonces en el papeleo pertinente para poder procederse al levantamiento del cadáver.

Los chicos de la ambulancia corrieron como gacelas alegres hacia el muerto. Lo depositaron sobre la camilla y poco después el furgón se alejaba entre la espesa cortina de agua.

Carpenter se despidió amablemente y llegó hasta su auto sin saber lo que es mojarse en día de lluvia. Le vimos sonarse mientras su chófer ponía el coche en marcha. Cuando arrancó, agitó una manita en señal de despedida.

—¡Hay tíos que nacen con estrella! —barbotó McCambridge, rabioso.

Yo dije:

—Muchachos, esto se acabó.

Los del coche patrulla soltaron un gruñido de satisfacción y se alejaron bajo la lluvia, intercambiando algunos comentarios.

—¿Vamos a seguir aquí, mojándonos como dos idiotas? —refunfuñó McCambridge.

—Por supuesto que no. ¡Al coche!

El interior de mi auto, un «Buick» de segunda mano, nos acogió con cierta tibieza que nos reconfortó. Los patrulleros doblaban ya la esquina de enfrente. Delante de nosotros solo quedó la oscuridad, los cubos de basura y la densa pantalla de lluvia.

—¿Y tu dolor de cabeza? —me preguntó entonces McCambridge, mientras se mesaba los mojados cabellos.

—Como si me estuvieran clavando alfileres —barboté al tiempo que le daba al encendido. El motor del coche rugió en el silencio de la noche—. Pero aún no hemos terminado. Hay que ir al Police Department y ordenar que revelen esas placas y puedan comenzar a trabajar los de identificación. Hay que saber quién es el muerto.

—¡Qué noche, cuerno! —bufó mi compañero.

No hacía falta que me lo jurara. Tiré las luces largas, metí la primera y arranqué.

CAPÍTULO II

—Ricky Morton, jefe de prensa de Richard Power, el que se presenta para alcalde...

—Eso es, Joe —asintió mi jefe, el capitán Thomas Vernon, un hombre robusto y cincuentón, de abundante calva y nariz aguileña. Sus ojos grises me miraron muy fijamente al agregar con voz grave—: esto puede traer serios problemas.

Solté un gruñido de preocupación.

—Sobre todo si la muerte tiene que ver con las elecciones —siguió diciendo, mientras yo me removía inquieto en la butaca, frente a él, que se encontraba sentado tras su mesa escritorio. Tomó un bolígrafo, balanceándolo suavemente en su mano—. Puede ser un arma de dos filos.

Se hizo un breve silencio, un tiempo de meditación. Luego pregunté:

—¿Cómo se realizó la identificación?

—Lo reconoció el mismo forense.

—¿Parker?

—Sí. Parker está metido en política y resulta que apoya la candidatura de Richard Power. Me comentó que hacía tiempo que no se impresionaba tanto al ver un cadáver.

—¡Vaya! ¿Ha facilitado ya el informe?

—Me lo ha comunicado telefónicamente. No hay nada llamativo. Una gran paliza que le produjo la muerte. Tenía todo el cuerpo molido a golpes, una pierna y un brazo rotos. Sufrió hemorragias internas y acabó.

—Lo que suponíamos —murmuré.

—Por otro lado —ahora cogió con la otra mano un par de folios mecanografiados—, observo que el informe que elaborasteis McCambridge y tú es muy parco, muy pobre. Nadie sabe nada en el vecindario, sin testigos. La paliza no le fue dada allí, con toda seguridad fue arrojado desde un coche. Estaba indocumentado, sin ningún papel, dinero, objeto personal... nada encima.

—Sólo le falla decir a ese informe una cosa.

—¿Qué? —enarcó las cejas.

—Que llovía molestandamente, que el lugar olía a perros muertos y

que me dolía la cabeza como si cien mil pieles rojas estuvieran bailando la *Ghost Dance* sobre ella —contesté de mal humor.

—Dejemos las bromas a un lado, Joe —hizo una mueca de desagrado.

—Lo siento, jefe; pero eso es lo que hay —señalé los papeles que tenía en la mano.

—Muy poco para empezar.

—Eso es cosa mía. Supongo que el caso me queda asignado, ¿no?

—Ya he dicho antes que puede resultar un peligroso asunto —dejó caer sobre la mesa los folios mecanografiados y el bolígrafo—. Resbaladizo, ¿me entiendes?

—Sí.

—En fin, considero que tú mejor que nadie puede resolverlo. Eres un tipo independiente, voluntarioso, creo que...

—Vamos, jefe, deje las lisonjas. Nos conocemos de hace años, de cuando usted era teniente y yo un vulgar detective de tercer grado. No quiera sonrojarme, por favor. Comenzaré a trabajar hoy mismo.

—¿Te encuentras bien?

—Dormir me ha venido estupendamente. Tengo ganas de trabajar.

—De acuerdo. ¿Qué esperas?

Le sonreí, me puse en pie y tomé la carpeta que me alargaba. En su interior se encontraban los pocos datos obtenidos hasta el momento sobre el caso Morton. Me la coloqué debajo del brazo y salí del despacho. Esperaba que engordara.

* * *

Ricky Morton había vivido hasta el momento en un edificio que hacía esquina entre Burton Avenue y la 24th Street. Era un edificio de construcción moderna, de veinte plantas. La entrada aparecía limpia, bien decorada. El conserje era un hombre entrado en años, algo encorvado, servicial.

—¿El señor Morton... muerto? —se le hizo un nudo en la garganta cuando le comuniqué la noticia.

Asentí. Luego le di unas breves explicaciones y por último le rogué que nos acompañara hasta el piso del difunto para proceder ante su presencia a un registro.

Me acompañaban dos detectives del departamento y una orden judicial. Tras la labor que pensábamos realizar, el lugar quedaría sellado.

El conserje no tuvo ningún inconveniente y fuimos.

Planta décima, puerta número veinte. Sólo había dos puertas en cada planta.

El conserje no tenía llave maestra ya que no se trataba de pisos

alquilados. Uno de mis detectives, Fulton, hizo las veces de avezado caco y consiguió abrir.

Entramos, el conserje detrás de nosotros, un tanto temeroso. El piso era grande, tardamos en recorrerlo y lo único que conseguimos sacar en claro es que una o más persona: habían estado allí. Todo estaba patas arriba. Desde luego Atila y sus hunos no lo hubieran hecho mejor. Una pena porque daba la impresión de que Ricky Morton tenía gusto.

—¡Qué horror! —exclamó espantado el conserje—. ¡No han dejado nada entero!

Era cierto. Tapicerías destrozadas, cuadros rajados, cajones abiertos y saqueados, ropas desparramadas por todos lados...

Mis detectives insistieron en la revisión del piso, por si había escapado algo en la primera ojeada, mientras yo continuaba mi charla con el conserje.

—¿Usted qué sabe de esto?

—¡Le juro que nada, señor!

—Se supone que usted controla a la gente que pasa ante sus narices.

—Sí, pero dentro de unas horas normales. Dentro de las horas de trabajo. Luego...

—Tiene razón; perdone —chasqueé la lengua, fastidiado. Me irritaba aquello—. Pudieron venir muy bien anoche, tras matar a Ricky Morton. Está claro que buscaban algo, por eso lo golpearon de tal manera y por eso han organizado este desaguisado aquí.

—¿Y cómo entraron? —se atrevió a preguntarme.

—No es difícil imaginarlo. Ricky Morton no llevaba nada encima, ni siquiera un centavo. Es lógico que se quedaran también su llavero y lo aprovecharan.

El conserje cabeceó, asintiendo.

Los dos detectives llegaron ante nosotros. Al mirar sus rostros adiviné lo que iban a decirme:

—Nada, Grant.

—Han limpiado el piso a conciencia.

—Un trabajo profesional, ¿eh? —rezongué.

—Sí —afirmó Jasper.

—Está bien. Salgamos. Vosotros, muchachos, precintad la puerta.

Una vez en el rellano, mientras Fulton y Jasper realizaban el trabajo, me quedé mirando la puerta de enfrente. Comenté con el conserje:

—Tal vez oyeran o vieran algo los vecinos...

—Me lo hubieran dicho.

—Posiblemente no le dieran importancia. Tratándose de un hombre soltero, que vive solo, ya sabe lo que se piensa: amigotes.

—Sí, claro.

—Por cierto, ¿qué clase de gente venía a visitar a Ricky Morton?

—Personas relacionadas con su trabajo.

—¿Ninguna compañía femenina?

—Alguna vez. Pero nunca era la misma chica. Aventurillas de un solo día, ¿comprende?

—Sí.

—¿Llama usted?

Estábamos ya ante la puerta diecinueve. El conserje pulsó el botón del timbre al tiempo que comentaba:

—Los Mills son unas excelentes personas, ¿sabe usted?

—Nadie lo pone en duda.

—Un matrimonio con dos niños pequeños. Ahora atraviesan un mal momento. El marido está gravemente enfermo, internado en un hospital...

Al fin se abrió la puerta, interrumpiendo la explicación del conserje. Ante nosotros quedó enmarcada la afigura patética de una mujer.

Digo patética porque se la veía desgredada, vestida descuidadamente, con una viva angustia reflejada en su rostro. Sufría, era evidente.

—¿Qué hay, Peter? —miró al conserje, y luego sus ojos enrojecidos se clavaron en mí para finalmente terminar mirando más allá de nosotros, observando lo que estaban haciendo Fulton y Jasper.

—Mire, señora Mills —habló el conserje, tras humedecerse los labios con la lengua—. Han sucedido hechos graves. Lamento que tengamos que molestarla en esta penosa situación para usted. ¿Cómo está su esposo?

—Mal, Peter, muy mal —las lágrimas asomaron a sus ojos, resbalando por sus mejillas. Con un gesto maquinal, intentó arreglar un poco sus desordenados cabellos rubios—. Ayer tarde hablé con el médico. El resultado de... de eso que ellos llaman biopsia ha sido... ha sido positivo... En fin, le dan muy pocas probabilidades...

—Lo siento, señora Mills.

La mujer sacó un pañuelo de su vestido y comenzó a enjugarse las lágrimas.

—Oh, estoy desesperada. De casa al hospital y del hospital a casa, cuidar de los dos pequeños y decirles que papá está bien, ellos no entienden aún... Y por si esto no fuera poco, la situación económica. Todos nuestros ahorros se están esfumando con esa maldita enfermedad. Es horrible. No sé cómo voy a seguir adelante. Estoy desesperada.

—Sabe que me tiene a su disposición, señora Mills.

Creí llegado el momento oportuno de carraspear para llamar la

atención. Peter, el conserje, y la señora Mills se estaban yendo por un camino que no era el que a mí me interesaba. Respetaba y lamentaba, por supuesto, lo que le sucedía a aquella familia, pero yo me encontraba allí por otras razones bien distintas.

—El señor es policía —me presentó el conserje, comprendiendo lo que yo quería.

—¿Policía? —la mujer dejó de secarse las lágrimas y me miró con mayor atención.

—Teniente Grant, de la Brigada de Homicidios —dije.

—¿Qué... qué sucede? —preguntó. Había cierto temor en su voz.

—Su vecino, el señor Morton, fue asesinado anoche —expliqué.

—¡Dios mío! ¡Pobre señor Morton!

—Además, una o más personas han entrado en su casa y la han registrado de una forma harto violenta.

—¡Ladrones!

—Más que eso, señora Mills. Debieron ser los mismos asesinos.

—¡Oh, Dios!

—Pues bien, señora Mills: quería saber si usted escuchó o vio algo anoche.

—Pues no... no, señor. Nada me llamó la atención anoche. Además, estaba superagotada y me quedé dormida como un tronco nada más me dejé caer en la cama.

—Entiendo. ¿Y del señor Morton qué me puede contar?

—No sé... —vaciló.

—Su impresión general.

—Un hombre muy amable y simpático. Charlábamos esporádicamente, cuando nos encontrábamos aquí en el rellano o coincidíamos en el ascensor. Siempre muy educado, preguntándome por la salud de mí esposo —nuevas lágrimas asomaron a sus ojos—. Por otro lado, se comportaba excelentemente con los chiquillos. De vez en cuando les regalaba caramelos o tebeos. ¿Qué más quiere que le diga?

—¿Le confió alguna preocupación, algún temor?

—No... Parecía feliz, contento...

—Está bien, señor Mills. Eso es todo. No vamos a moles— arla más. Gracias.

—No hay de qué, señor. Adiós, Peter.

—Recuerde que si me necesita para algo...

—Lo sé, Peter. Gracias.

La mujer cerró la puerta y así desapareció de nuestra vista.

—Ya está, teniente —dijo a mis espaldas Fulton.

Giré sobre mis talones, contemplé la obra y solté un gruñido de aprobación.

Los cuatro tomamos uno de los ascensores y bajamos al vestíbulo.

Y a en la calle, después de despedirnos del servicial conserje, quien prometió que si se acordaba de algo interesante relacionado con Ricky Morton nos telefonearía, les dije a Fulton y Jasper:

—Quiero que vayáis al lugar donde se encontró el cadáver de Ricky Morton. Interrogad al vecindario, aunque anoche ya lo hicieron los patrulleros que acudieron. Apretad las clavijas. Tal vez consigáis algo más positivo. Luego recoged a un par de peritos y venid aquí. Quiero todas las huellas que hayan en el piso de Morton para confrontarlas con las de los archivos... A lo mejor hay suerte. Nos veremos en el departamento.

La mujer sacó un pañuelo de su vestido y comenzó a enjugarse las lágrimas.

—Oh, estoy desesperada. De casa al hospital y del hospital a casa, cuidar de los dos pequeños y decirles que papá está bien, ellos no entienden aún... Y por si esto no fuera poco, la situación económica. Todos nuestros ahorros se están esfumando con esa maldita enfermedad. Es horrible. No sé cómo voy a seguir adelante. Estoy desesperada.

—Sabe que me tiene a su disposición, señora Mills.

Creí llegado el momento oportuno de carraspear para llamar la atención. Peter, el conserje, y la señora Mills se estaban yendo por un camino que no era el que a mí me interesaba. Respetaba y lamentaba, por supuesto, lo que le sucedía a aquella familia, pero yo me encontraba allí por otras razones bien distintas.

—El señor es policía —me presentó el conserje, comprendiendo lo que yo quería.

—¿Policía? —la mujer dejó de secarse las lágrimas y me miró con mayor atención.

—Teniente Grant, de la Brigada de Homicidios —dije.

—¿Qué... qué sucede? —preguntó. Había cierto temor en su voz.

—Su vecino, el señor Morton, fue asesinado anoche —expliqué.

—¡Dios mío! ¡Pobre señor Morton!

—Además, una o más personas han entrado en su casa y la han registrado de una forma harto violenta.

—¡Ladrones!

—Más que eso, señora Mills. Debieron ser los mismos asesinos.

—¡Oh, Dios!

—Pues bien, señora Mills: quería saber si usted escuchó o vio algo anoche.

—Pues no... no, señor. Nada me llamó la atención anoche. Además, estaba superagotada y me quedé dormida como un tronco nada más me dejé caer en la cama.

—Entiendo. ¿Y del señor Morton qué me puede contar?

—No sé... —vaciló.

—Su impresión general.

—Un hombre muy amable y simpático. Charlábamos esporádicamente, cuando nos encontrábamos aquí en el rellano o coincidíamos en el ascensor. Siempre muy educado, preguntándome por la salud de mí esposo —nuevas lágrimas asomaron a sus ojos—. Por otro lado, se comportaba excelentemente con los chiquillos. De vez en cuando les regalaba caramelos o tebeos. ¿Qué más quiere que le diga?

—¿Le confió alguna preocupación, algún temor?

—No... Parecía feliz, contento...

—Está bien, señor Mills. Eso es todo. No vamos a molestarla más.

Gracias.

—No hay de qué, señor. Adiós, Peter.

—Recuerde que si me necesita para algo...

—Lo sé, Peter. Gracias.

La mujer cerró la puerta y así desapareció de nuestra *vista*.

—Ya está, teniente —dijo a mis espaldas Fulton.

Giré sobre mis talones, contemplé la obra y solté un gruñido de aprobación.

Los cuatro tomamos uno de los ascensores y bajamos al vestíbulo.

Ya en la calle, después de despedirnos del servicial conserje, quien prometió que si se acordaba de algo interesante relacionado con Ricky Morton nos telefonaría, les dije a Fulton y Jasper:

—Quiero que vayáis al lugar donde se encontró el cadáver de Ricky Morton. Interrogad al vecindario, aunque anoche ya lo hicieron los patrulleros que acudieron. Apretad las clavijas. Tal vez consigáis algo más positivo. Luego recoged a un par de peritos y venid aquí. Quiero todas las huellas que hayan en el piso de Morton para confrontarlas con las de los archivos. A lo mejor hay suerte. Nos veremos en el departamento.

CAPÍTULO III

Las elecciones para la alcaldía de la ciudad estaban prácticamente a la vuelta de la esquina. Sólo había dos candidatos: el actual alcalde y Richard Power. El primero, Errol Carver, parecía tener todas las de perder desde que el *Courier* y el *Herald* —los dos periódicos de la ciudad—, a la vez, habían sacado a la luz pública unos meses atrás un feo asunto de zonas verdes que de pronto se convirtieron en terrenos edificables; y aún más, poniendo al descubierto la amistad y casi sociedad existente entre Peter Lansing, el dueño de la constructora, y Carver. Así las cosas, se podía asegurar —salvo raros manejos— que Richard Power, un joven político, propietario de una compañía joyera, tenía todas las de ganar. Un nuevo rostro, una nueva juventud, unas nuevas ideas, todo ello unido a un pasado limpio, intachable, como rezaban los *slogans* publicitarios.

Richard Power había alquilado un par de plantas bajas en Sunset Street, cerca del Happy Park, donde se levantaba majestuosa una estatua de bronce representando a John T. O'Mara, el fundador de la ciudad, dos siglos atrás, un irlandés pelirrojo y bronco a quién perseguían las autoridades de su país por robo y asesinato. Pero esto se solía silenciar en los *curriculum vitae*; de las andanzas irlandesas de John T. O'Mara solo se decía que procedía de familia humilde, que había pasado muchas penalidades durante su infancia y su juventud, y que un buen día, llevado de su espíritu aventurero, embarcó en el *George I* y vino al Nuevo Mundo. Aquí luchó por la independencia con más ahínco que nadie y, junto con el grupo de valientes que había capitaneado, fundó la ciudad, de la que fue el primer alcalde. Tuvo dos mujeres (porque enviudó de la primera), siete hijos y murió reconfortado por los santos sacramentos, confiado a la vida eterna. Todo un gran hombre, y por eso estaba aquella enorme estatua que se podía ver incluso desde fuera del parque, como yo lo estaba haciendo, tras descender del coche. Claro que, según Marlon Hartman, un sesudo y serio historiador del estado, las cosas no eran así totalmente. Aparte de haber escapado por los pelos de la justicia irlandesa, John T. O'Mara formó una banda, o guerrilla, como se le quiera llamar, que se dedicó al saqueo y al asesinato durante la guerra de la Independencia.

Más tarde, masacraron a la tribu india que vivía en estos lares y así pudieron instalar su campamento, que con la venida de nuevos colonos se convirtió en pueblo y después en ciudad. Ciertó que fue el primer alcalde, por imposición de las armas, y también el primer juez y el primer verdugo. Ciertó también que tuvo dos mujeres y siete hijos legítimos, pero se habían olvidado inocentemente de las cinco concubinas, de las amantes esporádicas y de la media docena de hijos naturales. Y por último, parece ser que había muerto gritando que quería seguir viviendo, que él no creía en vidas eternas y demás cuentos de hadas y que prefería todo lo que tenía. Eso sí, finalmente murió y los gusanos se lo merendaron.

Pensando en todo eso, en lo que dicen las guías turísticas de a dólar y los libros científicos que nadie lee y que solo sirven para acumular polvo en las Public Library, alcancé la acera un tanto ensimismado y por ello no vi a la chica hasta que mi cuerpo impactó con el suyo.

Fue un encuentro agradable, ciertamente. Era joven, no tendría más allá de los veinticuatro años, unas formas sólidas y curvilíneas y un rostro sensual, atractivo, que quitaba el resuello. Cabellos color maíz, ojos color miel, mejillas color melocotón, labios color fresa... Estaba para comérsela.

Pero el sentimiento de admiración no era mutuo. Ella me miró de una forma furibunda, pasándose instintivamente una mano por su poderosa delantera, mientras que con la otra sostenía el bolso que colgaba de su hombro, y me gritó:

—Pero ¿es que no ve por dónde camina? ¿Es que no tiene ojos en la cara? ¿Necesita un lazarillo?

Algunos transeúntes se detuvieron y sonrieron a las palabras de la joven. Yo iba a iniciar una disculpa, pero sus maneras airadas me molestaron. Dije:

—También usted podía mirar por dónde va, y así me habría esquivado.

—¡Usted es un creído! —todavía se enfureció más, sus mejillas pasaron del color melocotón al color tomate maduro—. ¿Qué se cree, que voy por ahí buscando ligue dándome encontronazos con los hombres?

—No he querido decir eso...

—¡Si ni fuera porque tengo trabajo...! —barbotó, disponiéndose a seguir su camino.

—Oiga, yo...

Tampoco en esta ocasión me dejó terminar. Pasó junto a mí y me espetó:

—¡Majadero!

Y continuó como una reina altiva.

Yo también tenía trabajo que hacer, así que decidí olvidar. Encaminé mis pasos hacia donde Richard Power había instalado su centro neurálgico para dirigir su campaña electoral. Llamativos rótulos proclamaban lo que era. A la gente, empleados y correligionarios, se les veía excitados, nerviosos. La cosa se puso más incandescente cuando mostré mi credencial. Hubo cuchicheos, consultas, momentos de indecisión... Finalmente terminé ante una muchachita rubia y entrada en carnes que vestía una camiseta que hacía propaganda del candidato. Ella me condujo hasta un amplio despacho donde se hallaba reunida la plana mayor de la candidatura.

Cinco personas: cuatro hombres y una mujer.

A Richard Power y a su esposa los conocía de haberlos visto fotografiados en los carteles de las calles y en los periódicos. Formaban el clásico matrimonio americano joven, sano, fuerte, simpático. Vendían su imagen para conseguir la alcaldía, pero igual la podían haber empleado para un *spot* televisivo de alimentos para bebés. Él era un hombre de treinta años, alto y delgado, con buena presencia: cabellos color caoba, peinados hacia atrás, mostrando una despejada frente, ojos marrones, nariz recta, labios finos y mentón firme. Vestía un traje gris excelentemente cortado, con corbata a juego, y sus zapatos brillaban como diamantes. Respecto a su mujer puedo decir que se trataba de una hembra de veintiocho años a lo sumo, de mediana estatura, con un cuerpo bien proporcionado y unos cabellos cortos, rubios. Le echaba cierto aire a la Doris Day de la época que hacía comedias con Rock Hudson.

—Brenda, mi mujer.

Los otros tres hombres eran tipos de variadas edades y cataduras. Uno era bajito y gordo como un tonel, frisaría los cuarenta años de edad y estaba en mangas de camisa, sudando como si aquello fuera el infierno. Al mover su brazo derecho para estrechar mi mano, dejó ver una axila completamente húmeda, sucia.

—Irving Galloway, el director de mi campaña electoral —siguió con las presentaciones Richard Power.

Otro era tan alto como el candidato, pero más grueso. Era también el más maduro, posiblemente ya con cincuenta años sobre sus espaldas, abundantes canas y un cuidado bigotito sobre el labio superior. Fumaba en pipa con la serenidad del hombre que sabe que domina perfectamente sus nervios. Sus ojos grises escrutaban insistentemente.

—Lin Cooper, abogado, mi consejero legal.

Y el tercero, un fulano cuya edad oscilaría entre los treinta y los treinta y cinco años, de figura imponente, que impresionaba. Digo fulano porque su aspecto dejaba bastante que desear: rostro de facciones duras, feroces me atrevería a decir, destacando la nariz

achata, como la clásica de los boxeadores. Se le notaba en perfecta forma, muy vigilante, y con un ostensible bulto bajo la chaqueta, a la altura de la axila izquierda.

—Ben Stone, un guardaespaldas de mí escolta personal.

Soltaba aquella manaza con alivio, cuando el candidato agregó:

—No sé si lo ocurrido al pobre de Ricky Morton tiene algo que ver con mi campaña. Por si acaso, he decidido que Ben no se separe de mí.

Era una explicación que no le había pedido, pero el hombre se vio en la necesidad de justificarse. De todas formas, aquellas palabras hablaban de una inquietante posibilidad: que el asesinato tuviera algo que ver con la campaña electoral.

Di una cabezada de asentimiento. Entonces el abogado se quitó la pipa de los labios y me preguntó:

—¿Ya se sabe algo, teniente?

Continuábamos en pie los cinco, mirándonos los unos a los otros. Se respiraba, al menos yo así lo experimenté, cierto aire de tensión.

—Apenas nada —repuse. Y como nadie se decidió a decir algo más, añadí una pequeña glosa—: Ricky Morton fue golpeado cruelmente... imaginamos que por más de una persona. Le dieron tan fuerte que le mataron. Luego lo trasladaron al callejón de Morgan Street y allí lo tiraron, entre unas basuras. No llevaba encima nada, estaba completamente limpio. Sólo las ropas, semidestrozadas. Por otro lado, nadie parece haber visto nada, tampoco escuchado algo, no hay testigos por el momento... —Hice una pausa. Los observé rápidamente: todos me escuchaban con suma atención—. Acabo de estar en su piso —proseguí—, y unos asaltantes anónimos lo han puesto del revés. Por como se han comportado, está claro que buscaban algo.

—¿Pudieron ser los asesinos? —preguntó el abogado, quien parecía el más interesado.

—Con toda seguridad.

—Pero pudieron ser unos ladrones cualquiera en busca de dinero o joyas —manifestó Richard Power.

—También es posible, pero demasiado casual, ¿no le parece?

—Sí, claro —cabeceó.

—Bueno —dije, observando cómo la mujer tomaba la mano de su marido. Estaba nerviosa—. Según nuestras breves notas, obtenidas la mayor parte de ellas del forense Parker, el muerto no tenía familia. Por tanto, podemos considerar que ustedes eran sus familiares. Al menos las personas con las que actualmente tenía regular contacto. ¿Me equivoco?

Richard Power se mesó los cabellos con la mano libre y tomó la palabra por los demás:

—Imaginamos que no, aunque no conocíamos perfectamente su vida particular.

—Entiendo.

—¿Por... por dónde quiere que empecemos, teniente?

—Es muy sencillo —tableé los dedos sobre la mesa para al final terminar apoyado en ella—. Explíqueme cómo conocieron a Ricky Morton.

—Yo andaba buscando un jefe de prensa para mí campaña —comenzó Richard Power—. Quería un hombre en el que se cumplieran dos premisas importantes: que fuera un profesional del periodismo y que comulgara con mi programa po— lítico. Irving y yo, personalmente, hicimos un sondeo entre unos cuantos del *Courier* y del *Herald* que tenían cierta fama y parecían interesados por mí, al menos eso era lo que se desprendía de sus artículos. Finalmente nos quedamos con Ricky Morton. Con anterioridad solo lo había visto una vez: cuando vino a mí casa para hacernos una entrevista —miró un instante a su esposa—, nada más hice público que iba a presentarme para alcalde. Trabajaba en el *Courier*.

—¿Y ustedes?

Al hacer la pregunta, mi mirada fue recorriendo uno a uno los rostros de los demás.

Irving Galloway, el director de campaña, fue el primero en contestar:

—Yo le conocía de tiempo atrás. Soy cliente habitual del Page Bar. Él también lo era. Es un local al que acuden hombres de la prensa mayormente. Había participado en alguna tertulia con él y otros. Ahora bien, mi conocimiento era puramente superficial. Cuando se unió a nosotros, lo fui tratando más y puedo decir que era un tipo estupendo, muy trabajador.

—Eso, desde luego —remachó el candidato.

Mis ojos ya se habían detenido en la tranquila figura del abogado.

—Yo le conocí al unirse a nuestro grupo —habló inmediatamente Lin Cooper, sin necesidad de que le repitiera la pregunta—. Y la verdad es que apenas le traté. Por tanto, muy poco puedo contarle. Me parecía un hombre normal, preocupado por su faena; solo eso.

El guardaespaldas, Ben Stone, fue el más conciso de todos:

—Le conocía de vista. Nunca llegué a cruzar más de cinco palabras con él.

Por último, quedó la señora Power. No parecía muy decidida a hablar, así que la animé:

—¿Y usted, señora?

—Yo... Bueno, ya lo ha explicado mi esposo. Una tarde vino a casa. Le hizo una larga entrevista a mí marido; a mí únicamente unas cuantas preguntas aisladas. Luego, al ser contratado por Richard, he

tenido más contacto con él, y solo puedo decir lo que ya han dicho otros: era un hombre que se tomaba muy en serio su trabajo. Siempre se le veía atento a su deber.

—Así es —remachó por segunda vez el candidato.

Una vez más aspiré el aroma que desprendía el tabaco de pipa que fumaba el abogado Lin Cooper. Y a continuación formulé la siguiente pregunta:

—¿Cómo era el comportamiento de Ricky Morton?

—Perfecto —se apresuró a responder Richard Power—. Cumplía perfectamente con lo exigido. No he tenido ninguna queja de él.

—¿Y últimamente?

—Seguía en la misma línea. Tal vez un poco más excitado por cuanto el momento cumbre se acerca, pero eso es algo que nos ocurre a todos. Ricky Morton era un trabajador incansable —volvió a las alabanzas. Sólo los muertos son los mejores—. Estaba atento a todos los medios de información. Se desvivía, sí, señor. Una desgracia su pérdida. Me va a resultar muy difícil sustituirle.

En sus últimas palabras ya ni siquiera le miraba, tal vez por eso se detuvo.

—¿Ustedes tienen algo que añadir? —pregunté al resto de los allí presentes.

Todos negaron, unos con la cabeza, otros oralmente. Irving Galloway fue el único que dijo algo más:

—Yo me atrevería a decir que se comportaba, aparte de una forma excitada, como dice el señor Power, también... nerviosamente.

—¿Qué quiere decir?

—Pues... —vaciló—. Mire, ya le he dicho antes que suelo tratar bastante con periodistas. Pues bien, yo diría que poseía ese nerviosismo característico del periodista que está rondando la gran noticia. Puedo estar equivocado, por supuesto, pero esa es mi apreciación.

Encaré de nuevo al candidato.

—¿Tenía alguna función especial?

—No le entiendo, teniente.

—Quiero decir si realizaba algo fuera de su trabajo específico.

—En absoluto —negó, rotundo—. Se ceñía a lo suyo y nada más: colaborar con los medios de información en todo lo referente a mi campaña, facilitar datos, concertar entrevistas, etc., etc.

—¿Le confió alguna preocupación?

—No.

—¿Y a ustedes?

Todos volvieron a negar.

—¿Cuándo le vieron por última vez?

Richard Power le había visto la tarde anterior. El ahora difunto le

comunicó que había concertado una intervención suya en la radio, en el programa La hora de la verdad. Y solo habían hablado de eso. Ricky Morton le había facilitado informes acerca de la forma de preguntar de Jack Boston, el director del programa* radiofónico. El gordo Galloway, por su parte, también le había visto por última vez en esa ocasión, por estar presente. El abogado Cooper dos días atrás, allí, en las oficinas, y simplemente se limitaron a saludarse y comentar el estado del tiempo. El guardaespaldas Ben Stone también en la tarde anterior, solo de vista, sin llegar siquiera a cruzar una palabra. Por último, la señora Power, tres días atrás, cuando la acompañó a un plato de televisión para que interviniera en el programa Mujeres de hoy. Se comportó muy amablemente, con toda clase de atenciones para ella, Nada más.

—Poco me están ayudando —suspiré.

—Estamos completamente anonadados —explicó el candidato—. No nos explicamos lo sucedido. Ha sido un auténtico mazazo.

Esta vez vio interrumpidas sus frases de pesadumbre por una llamada a la puerta.

—¡Adelante! —invitó.

Todos nos quedamos mirando al hombre de aspecto simiesco que entró alocadamente. Llevaba un periódico en la mano, que agitaba violentamente.

—¡Señor Power! ¡Señor Power! —exclamó, excitado, sin fijarse en los demás.

—¿Qué pasa, Lindon?

—¡Mire, mire lo que publica el *Courier* en su segunda edición!

Le tendió el diario. Yo fui el único que se aproximó a él, alargando el cuello. Y también pude leer y asombrarme con lo escrito.

En primera plana se daba una exhaustiva información sobre el asesinato de Ricky Morton, ex redactor del periódico y actualmente jefe de prensa de la candidatura de Richard Power. Todos aquellos datos los debían haber obtenido de mí jefe y del forense principalmente, imaginé.

De todas formas, eso era lo de menos.

Lo que provocaba sorpresa, estupor, era que se aseguraba que la muerte de Ricky Morton había sido provocada para evitar que hablara y que expusiera pruebas, descubiertas por él mismo, sobre la corrupción en la ciudad. No se acusaba a nadie en determinado y el reportaje carecía de firma.

Richard Power quedó pensativo, al igual que yo. Irving Galloway se acercó y tomó el periódico. Y entonces los demás leyeron la información.

—¿Qué piensa usted de esto? —le preguntó al candidato.

—Voy de sorpresa en sorpresa —respondió, componiendo una

mueca de perplejidad. Su esposa seguía apretujada a él, interesada por el cariz de los acontecimientos.

—¡La chica no nos habló de esto...! —le oí mascullar al director de campaña.

—¿Está seguro de que Ricky Morton no trabajaba en nada especial? —le seguí preguntando al candidato, sin hacer caso de los comentarios del trío que se encontraba a pocos pasos de nosotros.

—Al menos a mí no me comentó nada.

—Ya se sabe cómo son: buscan la información, pero no sueltan prenda! —exclamó Ben Stone.

—Está bien —murmuré. Giré sobre mis talones, encarándome a los otros, e inquirí—: ¿Y ustedes tampoco recuerdan que Ricky Morton les comentara algo sobre esas posibles pruebas de corrupción?

Los tres negaron con la cabeza. Irving Galloway añadió:

—Yo solo aprecié lo que le dije antes. Y por lo que aquí se publica, creo que acerté en mi apreciación. Ricky Morton andaba tras algo importante.

—¿Qué?

Hubo encogimiento de hombros. Comprendí que no iba a sacar ya más allí y que la información del *Courier* tenía que haber salido de algún lado; por tanto, más obtendría hablando con las personas que habían realizado aquel reportaje.

Me despedí con un saludo general.

CAPÍTULO IV

Mi credencial sirvió para llegar enseguida hasta el despacito del director del periódico.

Este era un hombre de edad mediana, pelo rizado, ojos algo saltones, verdes, y con una curiosa perilla adornando su mentón. Se le veía gordo y poco atractivo, apoltronado en su confortable butaca.

No se encontraba solo. Dio la casualidad que se hallara también allí el editor propietario.

—Imaginamos a lo que viene, teniente Grant —me dijo este último, Frank Pearson, un tipo grandote, elegante, que estaría rondando los cincuenta y cinco años de edad. Poseía unos ademanes enérgicos y sus ojos parduzcos miraban con inquietante profundidad—. Nuestra primera plana, ¿eh? —y entonces soltó una breve risita.

—Exacto —asentí, tras haber lomado asiento frente a ellos. El despacho era digno de un reyezuelo; no tenía nada que ver con esos feos cubiles de nuestro departamento—. Quiero saber de dónde han sacado esa información y por qué no la han comunicado antes a la policía.

Emplee un tono grave, para demostrar el enfado que me embargaba. Mi mirada se centraba sobre todo en el gordinflón director.

James Tucker, como así había dicho llamarse, se removió nerviosamente.

No dijo nada y yo agregué:

—Usted es el responsable, ¿no?

—Sí —reconoció.

—Está bien. Conteste.

—Ya sabe que...

—No me venga con lo del secreto de profesión. Eso está muy bien para asuntos honorables y limpios. Ahora estamos hablando de un asesinato; eso es siempre sucio y desagradable.

—No hace falta violentarse —habló despaciosamente el editor propietario, sacando del bolsillo interior de su chaqueta, una cigarrera que por poco me deslumbra—. ¿Fuma, teniente?

Acepté.

Arrojando ya las primeras bocanadas de humo, Frank Pearson me

confesó:

—Fui yo quien proporcionó la noticia.

—¿Cómo? —me sorprendí.

—O mejor —rectificó—, mi hija.

—A ver, explíquese, por favor.

Le dio una nueva chupada al cigarrillo, haciendo una breve pausa, y luego habló:

—Anoche, Ricky Morton llamó telefónicamente a casa, muy excitado... Bueno, no sé si sabe que él fue redactor de este periódico. Yo le tenía mucho aprecio. Mi hija se formó a su lado... Pues bien: anoche telefoneó a casa, pero yo no estaba. Mi hija sí. Le encargó que me dijera que tenía una información sensacional sobre una corrupción insospechada con pruebas concluyentes. Quedó en estar una hora más tarde en el periódico, aquí...

—Espere —le interrumpí—. ¿Qué clase de corrupción? ¿Qué pruebas?

—No quiso decírselo a mí hija por teléfono. Que lo sabría cuando se vieran aquí...

—Ya. Prosiga con su relato.

—Bueno, mi hija consiguió al final localizarme y los dos vinimos acá. Estuvimos esperándole sin ningún resultado. Telefoneamos a su casa varias veces y nada. Al final lo dejamos eatar *, un poco extrañados, eso sí, porque Ricky Morton no era hombre de bromas de ese tipo... hasta que por fin nos llegó la noticia de su muerte. Entonces decidimos lanzar esa segunda edición.

—Maldita sea —mascullé—, ¿y por qué no nos avisaron?

—Primero es nuestra profesión —terció el director del periódico, quien se había abstenido de fumar—. Primero es la noticia. Nos debemos única y exclusivamente a nuestro público lector.

—Oh, sí, he oído hablar de eso —repose con acidez—. Ustedes son los espectadores privilegiados, imparciales. Asesinan a una persona ante sus narices, y solo se limitan a fotografiar y escribir.

—Es nuestro deber.

—Pero tenga en cuenta una cosa: su público lector es el ciudadano de la calle, ese que cualquier día puede ser asaltado, violado o muerto por cualquier psicópata. Ustedes también tienen el deber de protegerlo. ¿O no hay que proteger al cliente?

—Por favor, por favor —intervino Frank Pearson—. Dejemos esta dialéctica que no nos va a llevar a ninguna parte. Por favor...

Me encogí de hombros. Luego aplasté el cigarrillo en el cenicero de cristal que había sobre la mesa escritorio y pregunté:

—¿Qué más saben de lo sucedido a Ricky Morton?

—Nada más —contestó el editor propietario del *Courier*—. Ya le he dicho que no llegamos a hablar con él. Sólo mi hija y fue muy

poco.

—¿Su hija es periodista?

—Sí.

—¿Está aquí? Me gustaría conversar un momento con ella sobre esto...

—Le he dicho todo lo que ella sabe.

—¿Está aquí? —insistí.

—No.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Se ha hecho cargo del asunto.

—Ajá. Como un detective, ¿no?

—A veces el periodista debe ejercer esa profesión —habló de nuevo el director del *Courier*.

—Pero la profesión de ciudadano o de colaborador de la ley, no —me dejé llevar por no sé qué y volví a la carga—. La cuestión es hacer todo aquello que reporte sensacionalismo, fama, dinero...

—Teniente... —rogó Frank Pearson.

—Olvídenlo —me puse en pie, un poco enfadado conmigo mismo. Encaré al editor propietario—. ¿Dónde puedo encontrar a su hija?

Frank Pearson miró a su director, al tiempo que apagaba su pitillo.

—¿Has sabido algo últimamente de Carol?

—Llamó un poco antes de tú llegar; me olvidé decírtelo. Estuvo en la sede electoral de Richard Power haciendo unas cuantas entrevistas. Ahora iba al Page Bar. Era el lugar habitual de reunión de Ricky Morton, también de muchos otros periodistas. ¿Lo conoce?

Lo conocía de oídas.

* * *

No era un bar de tres al cuarto. Entraba uno en él e inmediatamente se daba cuenta de que acababa de traspasar el umbral de un establecimiento público de cierta categoría. Buenos decorados, mejores muebles, estupendas chicas sirviendo a la clientela que se esparcía por las distintas y coquetonas mesitas. A todo esto había que añadir una música selecta, que invitaba al arrullamiento y a la intimidad, y una higiene total.

Llegué hasta la barra, grande, en forma de herradura. Estaba atendida por dos *barmen* que se movían con premura y habilidad.

Me encaramé a un taburete tapizado en negro y rojo, junto a una joven a la que apenas presté atención. Alcé un brazo para llamar a uno de los *barmen* y tuve la mala fortuna de tropezar con el de ella cuando se llevaba el vaso a los labios.

Un desastre.

El líquido ambarino le goteó por la barbilla, manchándole el vestido, mientras dejaba escapar un gemido y giraba el rostro.

Lo primero que observé fue la furia que despedían sus bonitos ojos color miel. Luego, me fijé más detenidamente en todo lo demás y solo pude balbucear:

—U... usted...

—¡No! —ladró ella—. ¡Otra vez el tipo creído!

—Oiga, señorita, lo siento —me disculpé, viendo que me quería fulminar con sus ojos—. Esta vez sí que...

—Pero ¿es que me persigue? —siguió ladrando, haciendo caso omiso de mis palabras—. ¿Qué se propone usted? ¿Hacerme la vida imposible, ligarme...?

—Señorita, creo que nuevamente se equivoca...

—¡Seguro que es usted uno de esos cochinos sátiros que hoy tanto abundan! ¡Le voy...!

—¡Y deje que me explique, maldita sea! —chillé sobre sus palabras, consiguiendo que se callara. Supongo que la mueca de mi rostro debió atemorizarla un poco—. ¡Usted practica mucho el juicio temerario!

Habíamos llamado la atención no solo del *barman*, sino también de la gente cercana a nosotros y del compañero del que le había hecho la seña. Todos nos miraban un poco intrigados. La violencia de la situación nos hizo caer en un silencio un tanto vergonzoso.

La joven dejó entonces el vaso sobre el mostrador, tomó una servilleta de papel y se limpió la barbilla. Luego, se observó el vestido.

—De veras que lo lamento —dije.

Ella alzó la mirada. En sus pupilas continuaba habiendo una chispa de rabia mal contenida.

—¿Quiere... quiere tomar una nueva copa conmigo y recibir mis explicaciones? —propuse.

—Vaciló.

—No tengo nada contra usted —agregué—. Todo es fruto de la casualidad.

—Bueno...

—Traigan un par de Manhattan —le rogué a uno de los *barmen*. Acto seguido la miré—. ¿Le parece bien?

Se encogió de hombros.

El encuentro con la joven me había hecho olvidar por qué estaba allí. Ella bajó de su taburete y yo la seguí, mis ojos prendados de su contoneo de caderas y nalgas.

Ocupamos una de las mesitas, sobre la que ella dejó el bolso que momentos antes le colgaba de un hombro. El servicio fue rápido: una de las bonitas camareras llegó con los dos vasos. Bajo el cenicero de la mesita dejó además el *ticket* con el precio de las consumiciones.

—Puede estar tranquila —comencé la conversación, tratando de que desapareciera cualquier recelo hacia mí—. Le diré algo que la

hará tener más confianza en mí —sonreí—. Soy policía.

Y para apoyar mis palabras saqué mi credencial.

Ella le echó una rápida mirada y al momento comentó con desdaga:

—Eso no quiere decir nada. También hay sacerdotes que se acuestan con mujeres.

Me mordí el labio inferior, fastidiado. Ella se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbito. Nuestras miradas coincidieron unos instantes. Ahora pude observar una motita de burla en aquellos ojos que me subyugaban.

—Está bien —me guardé el estuchito de piel—. Yo estoy realizando un trabajo y da la casualidad que allí donde voy está usted.

—Es más que eso —agregó la joven—. *Siempre tropieza conmigo* —puso mucho énfasis en esta frase—. Sospechoso, ¿no? ¿Se dice así en el argot policial?

—Será todo lo sospechoso que usted quiera, pero de verdad que no es nada intencionado.

—Pero ya ha conseguido pegar la hebra conmigo.

—¡Diablo! —exclamé, atrapando con rabia el vaso por, no cogerla a ella—. ¿Aún sigue pensando que yo pretendo ligármela o cosa por el estilo?

—Veamos —dijo, golpeando con la uña del dedo índice de la mano derecha en el cristal del vaso—. ¿De qué va su trabajo?

—Estoy investigando la muerte de Ricky Morton.

—Ricky Morton, ¿eh? —la uña, larga y bien manicurada, golpeó ahora más fuertemente.

—¿Lo conoce?

—He leído algo.

—Era el jefe de prensa de Richard Power, candidato a la alcaldía. Fue asesinado anoche. Bien, hace unas horas, cuando tropecé con usted, me dirigía a la sede electoral de Richard Power.

—Entiendo. ¿Y ahora?

—Este lugar era frecuentado regularmente por el asesinado.

—Oh.

—He de averiguar quiénes se reunían con él, hablar con ellas, tratar de conseguir alguna pista...

—Hum.

—Por otro lado, espero encontrar aquí a cierto periodista...

Los ojos de ella me miraron fijamente.

—¿Quién?

—Se trata de la hija del editor propietario del *Courier*: la señorita Pearson. Parece ser que se ha tomado muy en serio su trabajo y además está jugando a los detectives.

—¿Y qué ocurre con ella?

—Hasta el momento es la última persona que habló con Ricky Morton... que yo sepa.

—Ajá.

—Cómo ve, no voy tras usted.

—Ya.

—Voy a mí trabajo y da la casualidad que coincidimos y... y tropezamos.

—Está bien —sonrió brevemente ella—. Aceptará como buena su historia.

—Tiene que hacerlo porque es la verdad. ¡Por cierto...!

—¿Qué?

—Aún no me ha dicho su nombre.

—Puede llamarme Carol.

—El mío es...

—Joe Grant —se adelantó ella—. Teniente Joe Grant, de la Brigada de Homicidios.

—Tiene buena vista. Para el rápido vistazo que le echó a mi credencial...

Rio. Me gustó su risa y todo el cambio que ella provocaba en su rostro.

—¿Amigos? —pregunté alzando mi vaso.

—Chin-chin —dijo ella, chocando el suyo contra el mío un par de veces.

Bebimos, mirándonos por encima del borde de nuestros vasos.

Pensé muchas cosas, y entre ellas una que me aguló la fiesta: no estaba allí para vivir momentos románticos, sino para algo más.

—Creo que voy a tenerla que dejar, Carol —dije con pesar.

—¿Por qué?

—Recuerde mi trabajo.

—Oh, sí. Averiguar con quién se codeaba Ricky Morton cuando venía aquí y dar con esa chica periodista. Es eso, ¿verdad?

—Exacto.

—Que tenga suerte.

—De veras que lamento cambiarla por esa gente, pero el trabajo es el trabajo.

—Recuerde: no hacer juicios temerarios —sonrió—. Tal vez la chica esa le guste más que yo.

—No creo.

—¿Por qué?

—Porque me la imagino.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cómo se la imagina?

—No es difícil —apuré el contenido del vaso—. La clásica chica

engreída, insufrible, hija de papá...

—¡Cómo la pinta!

—Tiene que ser así. Su padre es uno de los hombres más ricos de la ciudad y propietario de un periódico. La chica lo debe haber tenido todo y ahora estar más que harta, así que seguro que ha pensado que ejercer como periodista le puede proporcionar nuevas emociones. Y para ver cumplido su deseo no ha tenido que hacer ningún esfuerzo: papá le ha proporcionado enseguida un puesto.

El rostro de Carol había perdido la sonrisa. Dijo:

—Habla usted como un resentido.

—No, no lo tome de ese modo. Simplemente pasa que sé lo que cuesta en esta vida luchar por conseguir algo que se quiere, que se suena, cuando no se es nada. Otros, en cambio, lo tienen al momento, sin amarlo verdaderamente, tal vez por puro capricho, tal vez incluso por necesidad, pero desde luego, eso sí, no lo gozarán auténticamente como el otro cuando llega. Les falta la vocación, la fe... ¿Por qué se cree que hay tanto amargado en el mundo?

—¿De verdad es usted un policía? —su rostro se había dulcificado un poco—. No lo parece.

—He tratado con mucha gente. Tanto con los que están dentro como los que están fuera de la ley. En ambos bandos se respira casi siempre un aire de insatisfacción. Los primeros no actúan porque les puede más el miedo; los segundos actúan porque han llegado al límite y están desesperados. La gente que cumple con la ley porque lo siente verdaderamente —reí brevemente, con amargura— abunda tanto como la ballena.

Ella no dijo nada. Yo tomé el *ticket*, consulté el precio y dejé un par de billetes sobre la mesa.

—A lo mejor termino pronto —dije, esperanzado—. ¿Piensa irse ya?

—No. Estoy esperando a un par de personas.

—Oh...

—Vaya a su trabajo. No me moveré de aquí hasta hablar con ellas. Posiblemente acabe usted antes. Espero que no interrogue a toda la clientela, le haría un flaco favor al bar.

—Tampoco soy el coco —dije, poniéndome en pie.

—La policía, ya se sabe...

—Sí, claro.

—Hasta ahora, teniente.

Se despidió de mí alzando su vaso, con una enigmática sonrisita en su bello rostro.

Volví a la barra. Uno de los *barmen* se acercó a mí, solícito.

Le mostré mi credencial.

—¡Oh, señor! —exclamó, la mar de sorprendido.

—He venido aquí para realizar una investigación —dije—. ¿Se ha enterado de lo de Ricky Morton?

—Sí, señor. Ha sido la comidilla de hace un par de horas, cuando salió a la calle la segunda edición del *Courier*.

—Tengo entendido que frecuentaba este bar.

—Cierto, señor.

—¿Con quiénes se relacionaba aquí?

—La verdad es que...

—¿Qué? —inquirí al verle vacilar.

—Bueno, pues ha tenido mala suerte.

—¿Qué quiere decir? —fruncí el ceño.

—Los amigos del señor Morton se marcharon hace un rato, un poco antes de venir usted.

—¿Cómo es eso?

—Se enteraron de la noticia, la comentaron, luego apareció la señorita Pearson, charlaron con ella... y al final decidieron ir a la morgue para hacerse cargo del entierro y todas esas cosas, si es que nadie se preocupaba de ello. Ricky Morton no tenía familia, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

—Lamento no poderle ser de ayuda, señor.

—Aún puede echarme una mano.

—¿Sí?

—Me ha nombrado a la señorita Pearson.

—Cierto, señor.

—Precisamente también es una de las personas con las que quiero hablar.

Los ojos del *barman* se agrandaron como platos. No hice mucho caso y proseguí:

—¿Se encuentra todavía en el local o se fue con los amigos de Ricky Morton?

No quería ir a la morgue sin saber eso, no fuera a ser que estuviera allí, en el bar.

—Señor... —tartajé el hombre. Su rostro expresaba el mayor asombro del mundo.

—¿Sí?

—No quisiera parecerle... En fin, no sé cómo decírselo.

—Pero ¿qué ocurre?

—Usted... usted ya... ya ha hablado con... con la señorita Pearson... ¿Lo... lo entiende...?

Giré sobre mis talones con la velocidad del relámpago. Ella seguía sonriéndome desde la mesa.

—¡Y de verdad que no he pretendido llamarle loco! —añadió rápidamente el *barman*.

CAPÍTULO V

—Hola de nuevo —saludó ella, cuando llegué junto a la mesita. Aguantaba la risa a duras penas—. ¿Muy sorprendido, teniente?

—Me tomó el pelo —mascullé.

—Y usted, sin conocerme, me puso a bajar de un pino. ¿No lo recuerda?

Lo recordaba, y me dije que habría hecho bien en tragarme la lengua.

—¿Se vuelve a sentar, teniente?

Lo hice.

—¿Permite que le invite yo ahora?

Asentí con la cabeza. Ella llamó a una de las camareras y encargó nuevos *cocktails*.

—Usted es una de las dos personas que le dije que esperaba —me confesó luego—. Bueno, al principio solo esperaba a una, a Tim Caldwell; pero tras escucharle, no me quedó más remedio que apuntarle en la lista.

Sonreí sin ganas.

—Supongo que ya le han informado que los amigos de Ricky Morton se marcharon —añadió al observar que yo no abría el pico.

Bebí un sorbo del vaso que acababan de servirme y nuevamente di una cabezada.

—También me dijeron que usted habló con ellos.

—¡Vaya, por fin se decidió a abrir la boca!

—No estoy para guasas —dije secamente.

—Oiga, ni que fuera usted el único ofendido —saltó ella, molesta—. Tuve que aguantar estoicamente casi sus estúpidas palabras acerca de la hija de papá metida a periodista. Tragué, pero ahora me va a escuchar usted, mí querido e inteligente teniente de la Brigada de Homicidios de esta honorable ciudad. No es usted el único que piensa así, lo hacen la mayoría de las amistades: todos creen que es un *hobby* mío, un capricho o algo por el estilo. Incluso mi padre, que me soporta como diciendo: «Ya se cansará». Pues bien: están todos equivocados. Yo no quiero ser una chica vacía y caprichosa. Yo amo esta profesión y voy a luchar por hacerlo cada vez mejor. Cierto que he tenido ayudas, pero jamás he pensado aprovecharlas para mantenerme y

rascarme el ombligo como hacen casi todos en estos casos. No, señor. Las voy a aprovechar para demostrar que realmente valgo y que tengo un sitio. Y precisamente el único que me comprendió, que me ayudó y que me aconsejó fue... fue Ricky Morton —por primera vez noté un quiebro en su voz, en sus palabras que hasta entonces había brotado con fluidez, con decisión, con pleno convencimiento—. Ricky Morton, que ahora está muerto. Y es que siempre se van antes los que no deben —musitó finalmente con dolor.

La miré con fijeza y me dije que cada vez me gustaba más. Sus mejillas se habían arrebolado ligeramente y sus ojos brillaban con la excitación propia del que está seguro de sí mismo.

—Lo siento —me mesé nerviosamente los cabellos.

—Algún día se lo demostraré a usted y a los demás —dijo con firmeza.

Era todo un reto. Lo leí claramente en sus pupilas. Y no sé por qué, tal vez porque ya empezaba a admirarla, me dije que al final se saldría con la suya y que yo me sentiría orgulloso de ella.

Bebimos en silencio.

—Con... con todo lo que me ha dicho —comencé de nuevo la conversación, ahora cambiando el tema—, imagino que conocía perfectamente a Ricky Morton.

—Nunca se conoce perfectamente a una persona. Cada ser humano es un mundo muy complejo. De todas formas, sí, le conocía bastante bien.

—Déme una definición de él.

—Era un hombre honrado y un excelente profesional. Tenía más olfato que un perro lobo y más ojo que un águila. Y no crea que se trata de esas palabras que se sueltan cuando una persona ha muerto. No. En Ricky Morton son la pura verdad.

—Hablé con su padre y el director del periódico hace un rato. ¿Qué le dijo anoche?

—Fue muy conciso. Quería hablar con papá porque tenía algo muy importante. Yo le dije que no estaba, que me adelantara algo. Sólo me dijo: «Algo que causará impacto, nenita. Un insospechado caso de corrupción del cual tengo pruebas irrefutables». Quise sacarle más, pero él concluyó citándonos, a mí padre y a mí, una hora más tarde en la redacción del periódico.

—Es lo mismo que me dijo su padre.

—No hay más.

—¿Anteriormente a esa conversación no le había hablado Ricky Morton de que estuviera trabajando en alguna información especial?

—No.

—¿Está segura?

—Segurísima. Llevo muchas horas repasando mentalmente todas

mis charlas con Ricky últimamente.

Echamos un nuevo trago.

—¿Qué habló con los amigos de Ricky Morton, aquí? —pregunté luego.

—No saqué nada en claro —confesó de mal humor—. Nadie sabe nada. Parece como si ese trabajo lo llevara Ricky personalmente, sin compartirlo con nadie.

—Alguien debía saber cuándo lo mataron —observé.

—Sí...

—Supongo que los interrogó a fondo.

—¿A quiénes?

—A los amigos de Ricky Morton.

—Por supuesto que sí. Puede ahorrarse el paseo a la morgue. La mayoría de ellos son amigos míos también. Me dijeron todo lo que sabían... que era nada. Tenga por seguro que usted no les sacará más.

Bebí un nuevo sorbo del *cocktail* y luego comenté conmigo mismo, en voz alta:

—Está claro por qué tropezamos hace unas horas. Usted acababa de salir de la sede de Richard Power y yo me disponía a entrar. Y también entiendo los comentarios de Galloway, el director de la campaña. Cuando leyeron la primera plana del *Courier*, se enfadaron con usted por no decirles lo que sabía... —hice una pausa y le di otro tiento al vaso—. ¿Qué consiguió en sus entrevistas en la sede del candidato?

Carol Pearson levantó un brazo y giró la muñeca, colocando el pulgar hacia abajo, como los antiguos emperadores romanos cuando condenaban a muerte.

—¿Nada?

Meneó la cabeza de un lado a otro, negativamente.

—¡Estamos buenos!

—A mí aún me queda un último cartucho —habló ella al fin.

—¿Quién? ¿Tal vez la otra persona a la que está esperando?

—No es usted del todo tonto, teniente.

—¿De quién se trata?

—De otro amigo de Ricky y mío, aunque no es periodista ni pertenece al círculo social de los que ya se fueron. Precisamente, ese.

Seguí la indicación de su dedo índice con la mirada. «Ese» era un hombrecillo algo bamboleante que acababa de entrar en el local. Cuarenta años, de lo más insignificante, pelo castaño revuelto, mal peinado, facciones rojas, con ojos abultados y labios casi tan finos como el papel de fumar. Vestía de una forma que dejaba bastante que desear, desordenadamente, con ropas algo sucias.

Le vimos llegar a la barra, sacar un billete con mano temblona y casi gritó:

—¡Un *whisky*!

Carol se puso en pie y corrió hacia él. Yo permanecí en el sitio, acabando la bebida.

Intercambiaron unas cuantas frases entre ellos, sin que yo pudiera captar su contenido. Luego, él tomó el vaso que le acababan de servir y siguió con paso un tanto vacilante a la joven.

Llegaron junto a mí.

—Este es Tim Caldwell —me lo presentó ella—. Un buen amigo mío.

—¿Qué tal, Tim? —le pregunté, acercándole una silla para que tomara asiento.

—¡Superior, muchacho!

Y de un trago se echó más de la mitad del contenido del vaso al coleteo.

—Joe Grant —siguió ella con las presentaciones—. Teniente de policía.

—¿Po... policía? —balbuceó.

—Sí, Tim.

—¿Qué sucia jugada es esta, Carol? ¿Qué te propones? ¿Regenerarme? ¿Es de la Brigada del Vicio, teniente? —me preguntó finalmente.

—Homicidios —aclaré.

—Pues no recuerdo haber cometido crimen alguno —se dejó caer por fin en la silla, con buen humor—. Claro que... nunca me acuerdo de lo que hago durante mis borracheras de categoría.

—Tim, esto es serio —dijo Carol.

—Pero ¿hay algo en este mundo serio, querida? —replicó el borrachín.

—Han asesinado a Ricky —le soltó ella de sopetón.

Me asombró lo que hizo. Con una firmeza insospechada se llevó el vaso a los labios y bebió de un trago el resto, sin parpadear.

—¿Cómo ha sido? —preguntó después.

Lo observé mientras ella le hacía un somero relato. No parecía el mismo. Escuchaba atentamente y cualquier persona habría jurado que aquel hombre no llevaba una gota de alcohol en sus venas.

—Ricky... —musitó, cuando ella terminó—. Oh, Ricky, te lo dije: este es el mundo de los buitres. No quieras luchar contra ellos, al final acaban ganando. Vale más una buena botella de «Johnnie.Walker»... ¿Sabe? —me miró con pupilas brillantes—. Soy ingeniero, pero no me da la gana de trabajar para esta sociedad de mierda. Me dedico a mendigar, a beber y a dejar correr las horas. ¡Estoy asqueado del ser humano, reniego incluso de mí mismo! ¡Bajamos de los árboles para conquistar el mundo, pero lo único que estamos haciendo es destruirlo, siguiendo un falso camino de civilización, tecnología y

demás cuentos! ¡Bah! —terminó su pequeña plática, despectivo.

Carol y yo permanecemos en silencio, asimilando lo que acabábamos de escuchar. Eso le hizo cobrar nuevos ánimos y prosiguió:

—Pobre Ricky. Han acabado aplastándolo. Y es que lo arrasan todo, como sea. No tiene límite. Se creen que van a ser eternos, como si todas las materialidades de este perro mundo les fueran a acompañar siempre. ¡Hijos de puta!

Con este taco pareció desahogarse por completo. Quedó más sereno, mirándonos dubitativamente.

—Tim... —tomé la palabra.

—¿Sí?

—¿Sabe algo?

—¿De qué?

—De lo que debía estar investigando Ricky Morton.

—No, teniente. Ricky era hermético como una buena caja fuerte. Todos los que le conocían lo saben. ¿Verdad que sí, Carol?

Ella asintió. Y luego añadió:

—Pero tal vez contigo...

—No recuerdo nada, esa es la verdad. No me dijo nada, pero...

—¿Qué? —inquirimos al unísono Carol y yo.

—Bueno, hubo algo que me llamó la atención hace unos días. No se trata de ninguna frase suya, de algo que me comunicara. Resulta que le vi acompañado de una mujer...

—¿Qué tiene eso de raro? —exclamó Carol—. Ricky era un solterón que de vez en cuando salía con chicas.

—Sí, lo sé —cabeceó—. Pero no me has dejado terminar. Yo conocía perfectamente los gustos de Ricky. A él le gustaban las mujeres finas, cultas, femeninas, sin aires sofisticados... Pues bien: la mujer aquella era todo lo contrario. Tenía aspecto de artista de lugar de mala nota... o de fulana, no sabría definirlo bien. Pero desde luego no era el tipo de mujer que gustaba a Ricky.

—¿Cómo era ella? —pregunté.

—Alta, con buen tipo, rubia, ojos verdes, nariz respingona. Ricky dijo que se llamaba Monna.

—Entonces, ¿se la presentó?

—No tuvo más remedio ya que me crucé con ellos.

—Ajá.

—Y eso es todo.

—¿No volvió a hablar de ella con él, cuando alguna vez se encontraron?

—Sí, claro que sí. Saqué el tema en un par de ocasiones, pero él siempre lo rehuyó. Es por eso que le he dado importancia al hecho y se lo he contado.

—¿Pero no le sacó nada, ninguna aclaración?

—No.

—Bien. Algo es algo. Trataremos de localizar a esa muñeca.

—Me tiene a su disposición si hay que identificarla, teniente —se ofreció Tim Caldwell—. Aquí podrá localizarme siempre que quiera.

—De acuerdo, Tim.

Me puse en pie y dejé sobre la mesa un billete de veinte dólares.

—Tómese otra copa en mi nombre —dije—. Yo tengo que irme para poner la máquina policial en movimiento. Señorita Pearson...

—Teniente...

Nuestras miradas se encontraron por encima de la cabeza del borrachín.

—Deje de llamarme teniente. Mi nombre es Joe. Me gustaría oírlo en sus labios.

—Okay, Joe.

—Eso está mejor —sonreí—. Espero volverla a ver... Carol.

—Seguro —ella también sonrió—. Estamos trabajando en el mismo caso.

—Más vale que colabore conmigo. No lo quiera hacer usted sola. Ya sabe cómo dejaron a Ricky Morton...

—No es usted muy agradable...

—Si así evito que a usted le ocurra algo irreparable, no lo doy por mal empleado.

—Sé cuidarme.

—Hasta la vista, detective —me despedí definitivamente. A continuación le di una palmada en un hombro a Tim Caldwell y me alejé hacia la salida.

Como había dicho, era preciso poner en movimiento la máquina policial. Por ello, regresé al Police Department. Encontré ya allí a Jasper y Fulton. Estaban almorzando unas hamburguesas en la sala de detectives.

Me invitaron y yo acepté porque estaba que me caía. Pregunté mientras masticaba:

—¿Cómo os fue?

—Fatal —respondió Fulton—. Nadie vio ni oyó nada.

—¿Y el examen pericial de las huellas?

—Negativo —contestó ahora Jasper—. Debieron usar guantes.

—Bueno, yo sí tengo algo.

—¡Yo también! —tronó la voz del capitán Thomas Vernon a nuestras espaldas.

Le encaramos. Su rostro estaba contraído en un evidente gesto de preocupación.

—¿Qué pasa, jefe?

—Acabo de recibir una llamada del *Herald*. Su director ha sido

asesinado a tiros en Bond Street.

CAPÍTULO VI

Lewis Roscoe era, un hombre de cuarenta y cinco años muy bien llevados. Alto, corpulento, apuesto. Apretaba los puños con rabia y de su boca partían de vez en cuando alguna que otra obscenidad. Nunca le había visto tan excitado, pero no era para menos.

—¡Esta ciudad es una porquería, Tom! —barbotó una de las veces—. ¡Estamos a merced de los bandidos!

Daba la casualidad de que mi jefe y él eran cuñados; sus esposas eran hermanas. Por ello se tuteaban... y por ello yo le conocía.

—Cálmate, Lew —le aconsejó mi jefe.

—¿Cómo quieres que me calme, condenación? —exclamó, señalando con un, brazo extendido hacia donde reposaba el cuerpo sin vida de Buck Travers, el director del *Herald*. Presentaba tres impactos de bala y en aquellos momentos procedían a taparlo con una manta.

Había un enorme gentío alrededor nuestro, componiendo un murmullo ensordecedor. Varios guardias formaban cordón para evitar que se aproximaran en exceso.

—Serénate y cuéntanos despaciosamente qué sucedió —le pidió mi jefe.

—¡No tengo ganas de hablar! —farfulló—. ¡Que os lo cuente Slim!

Slim Perkins era el redactor jefe del periódico. Delgado, joven, de buena estatura, poseía un pelo negro rizado y unos ojos que las mujeres hubieran calificado de soñadores. Tendría un par de años más que yo, treinta y dos, y mantenía un gesto de resignación.

El periodista se humedeció los labios con la punta de la lengua y luego dijo:

—Bueno, en realidad, poco sabemos... Una mujer llamó a nuestra redacción. Precisamente habló con Buck. Se la notaba muy excitada, según me contó más tarde, y le dijo que tenía las pruebas por las que habían asesinado a Ricky Mor— ton. Agregó también que quería diez mil dólares a cambio. Eso o nada; entonces se lo ofrecería a la competencia. Buck le dijo que tenía que consultarlo con el editor. Ella quedó en llamar media hora después. Cuando lo hizo, el señor Roscoe ya había dado su conformidad. Quedaron citados en una esquina de la Bond Street. Buck salió con el dinero y...

Se hizo el silencio. Un hombre fornido y joven, con facciones un

poco caballunas, se acercó a nosotros. Se trataba del sargento detective Felman, quien se había hecho cargo del asunto desde el primer momento.

—¿Qué hay, Greg? —le preguntó mi jefe.

—Poco, señor. Testigos presenciales de todo lo ocurrido no hay ninguno. Este es un lugar poco transitado, bastante solitario. Toda esta gente que ve aquí no son más que vecinos de la barriada que han venido a curiosear. Desde luego, esta calle no tiene nada que ver con la de Londres —rio lo que él consideraba una gracia—. Los pocos transeúntes se fijaron cuando se escucharon los disparos. A partir de ahí ya he podido reconstruir en parte lo sucedido.

—Adelante.

—Los criminales iban en un auto, un «Buick» modelo del año pasado. Uno se quedó al volante y el otro se bajó para realizar el «trabajo». Bueno, eso supongo dado lo que me han contado que pasó luego. Los cuatro testigos que he encontrado, todos coinciden. Escucharon los disparos, miraron hacia la esquina y se encontraron con el cuadro. Había un coche «Buick» modelo del año pasado aparcado junto a la acera, con un hombre al volante y el motor al ralentí. Otro hombre, próximo a la esquina, corría hacia ella con un revólver en la mano. En la esquina, un hombre caía al suelo como un pelele, mientras una mujer doblaba hacia Kaplan Street corriendo como si la persiguiera el diablo. El asesino llegó a la esquina, se detuvo unos instantes para registrar al muerto y luego retornó al coche. Los dos se alejaron en él, a todo gas.

—Todo eso suena muy raro, Greg —opinó mi jefe.

—Bueno, podemos hacer algunas suposiciones, capitán... La mujer y Buck Travers se encontraron en la esquina y entonces el asesino bajó del coche e hizo fuego contra ellos. Pensaba matarlos, recoger las pruebas del cadáver de ella y largarse inmediatamente. Total, un minuto a lo sumo. En esta clase de «golpes» el tiempo es oro y no puede uno entretenerse. Si algo sale mal, o se tuerce, hay que abandonar. Así, al menos, se salva el pellejo. En este caso, es obvio que en el momento de hacer fuego sobre ellos, Buck Travers debió colocarse delante de la mujer y él fue quien se llevó todo el plomo. El asesino no pudo repetir la suerte porque la mujer actuó rápidamente, doblando la esquina y desapareciendo de su vista. El registró al muerto para ver si llevaba encima las pruebas. Nadie le vio coger nada, así que podemos suponer que la mujer continúa con ellas en su poder. Tampoco la siguieron porque ya habían organizado un gran escándalo y además porque Kaplan Street es dirección prohibida en el sentido que iba ella corriendo. Y optaron por largarse.

—¿Qué hay de las descripciones de las personas implicadas? —preguntó el capitán.

—Respecto al conductor del coche, solo tengo que se trata de un sujeto de facciones afiladas. El otro, el que disparó, lo describen como de mediana estatura, huesudo, delgado, unos treinta y tantos años. Y por último, la mujer. Poco hay de ella. Iba totalmente envuelta en una gabardina *beige*, el cuello subido. La cabeza se la cubría con un pañuelo marrón. Nadie la pudo ver bien, desapareció tan rápidamente... Algunos dicen que sus cabellos eran rubios...

Rubios, pensé. Rubia era la muchacha con la que Tim había visto a Ricky Morton.

—¿No le ha seguido el rastro a esa mujer por Kaplan Street? —siguió preguntando mi jefe.

—Sí, señor —cabeceó el sargento detective Felman—. Se esfumó.

—¿Cómo es posible?

—Ya le he dicho, capitán, que no es una barriada muy concurrida. En un callejón de Kaplan Street encontramos la gabardina y el pañuelo. Está claro que se coló en él, se desprendió de esas prendas y luego siguió camino como un transeúnte más. ¿Entiende?

Entendíamos todos. La mujer había obrado con listeza. Se habría confundido entre la gente de la calle con una nueva vestimenta, pasando totalmente desapercibida.

—Pero de todas formas tenemos algo —añadió Felman.

—¿Qué? —tronó mi jefe, quien parecía no muy satisfecho de las investigaciones de su subordinado.

—La gabardina presentaba en una manga una rozadura de bala, incluso una ligera mancha de sangre. Eso quiere decir que esa mujer sufrió una pequeña herida.

—¿Qué manga: la derecha o la izquierda? —pregunté yo.

—La derecha.

—Bueno, eso ya es algo —dije, para dar ánimos—. Una mujer rubia con una pequeña rozadura en el brazo derecho.

Mi jefe bufó.

En aquellos momentos llegaba la plana mayor del *Courier*. Frank Pearson iba a la cabeza. Detrás de él, James Tucker, el director, y un tipo carirredondo, de edad similar a la mía, que me fue presentado después como Clem Allen, el redactor jefe del periódico.

La esquina de Bond Street con Kaplan Street iba a pasar del anonimato a las primeras planas de los periódicos. Aparte de haber servido de escenario para un crimen, era también el lugar de reunión de los dos magnates de la prensa en la ciudad.

Frank Pearson y Lewis Roscoe se estrecharon la diestra sin muchas ganas.

—Siento lo ocurrido a Travers, Lewis.

El editor del *Herald* resopló malhumorado. Farfulló:

—Podíamos haber tenido la información más importante del año,

y mira lo que hemos conseguido —señaló el cadáver cubierto por la manta—. Esta vez no nos hubierais adelantado como en aquella ocasión. ¡Para mí está claro que nos rodean chivatos por todos lados!

—¿Qué insinúas, Lewis? —frunció el entrecejo Frank Pearson.

—Sinceramente, todavía no entiendo cómo os hic isteis* con aquella información. Era un trabajo exclusivo de mis muchachos, se llevaba como alto secreto...

—Los míos también saben buscar la noticia.

—Pero en el caso del alcalde Carver y la constructora de Lansing iban totalmente despistados.

—Mira, Lewis, comprendo tu estado. La muerte de Travers te ha trastornado un poco. No tendré en cuenta tus palabras; pero haz el favor de meditar lo que dice.

—Y ahora tenemos esto —giró el rostro hacia mi jefe—. Alguien tuvo que irse de la lengua. ¿Cómo sabían dónde era la cita?

La pregunta quedó bailando en el ambiente. Nos miramos los unos a los otros.

—No sabemos aún quién es la mujer, en qué ambientes se mueve, cuáles son sus amistades... —se decidió a tomar la palabra el sargento detective Felman—. Tal vez el desliz esté en ese lado, no en el suyo.

Lewis Roscoe gruñó algo ininteligible y echó a andar hacia la ambulancia que iba a transportar el cuerpo sin vida del que fuera director de su periódico. Tras sus pasos, fue el redactor jefe.

—¿Cómo fue todo, capitán Vernon? —preguntó entonces Frank Pearson—. Mis muchachos han de saberlo para cubrir la información.

Mi jefe le echó una mirada a Felman y este comenzó a recitar lo que ya antes le oyera.

—Me parece que yo aquí nada tengo que hacer —le dije al capitán, cuando nos quedamos solos—. Será mejor que vaya al departamento para ver si Fulton y Jasper han conseguido localizar a la muchacha que vieron con Ricky Morton. Esa también es rubia. ¿Ha pensado que pudiera ser muy bien la misma que...?

—Lo he pensado, Joe. Ve. Y poned todo el empeño. Este caso cada vez, me gusta menos.

—Soy de la misma opinión.

—Desde ahora Felman también trabajará contigo, a tus órdenes. Quiero rápidos resultados.

—*Okay.*

Cuando llegué al Police Department, Fulton y Jasper no habían regresado ni tampoco dado señales de vida. Pedí que me pusieran en contacto con la radio de su coche. Tardaron un cuarto de hora en contestar.

—¿Dónde estabais, maldita sea? —pregunté, un poco enfadado.

—Viendo chicas —respondió Fulton.

—Ya.

—Un trabajo fenómeno —comentó Jasper, riendo.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna —contestó Fulton.

—La tal Monna se hace rogar —agregó Jasper, quien parecía de buen humor.

—¿Sabéis lo que me ha dicho el jefe? Quiero resultados rápidos.

—¡Pues que pongan más gente a buscar a la muñeca esa! —rezongó Fulton—. ¡Jamás en mi vida había visto tanta chica en tan pocas horas!

—Lo malo es que las vemos solo unos segundos —protestó Jasper.

—Bien. Final de cháchara. Yo también me voy a poner a buscarla. Suerte.

—¡Suerte! —gritaron a una.

Corté la comunicación, suspirando porque eso fuera verdad: que la suerte nos echara un cable. Y justo en ese instante me llamó el detective Blake, avisándome que tenía una mujer al teléfono.

—¿Quién? —pregunté.

—Dijo de parte de Carol.

Carol... Sentí un especial cosquilleo por el cuerpo. Me alegraba volverla a oír.

—¿Qué hay, señorita detective? —pregunté jovial, una vez tuve el auricular en mi mano.

—¡Joe! ¡La he encontrado! —exclamó de sopetón, muy excitada.

—¿Cómo?

—He dado con la tal Monna.

¡Condenada muchacha! ¡Me estaba ganando la mano!

—Explícate —la tuteé por vez primera.

—Tim habló de que tenía la impresión se trataba de una artista. Es por ello que me puse a recorrer algunos locales del distrito de Noon.

—¿Ahí te has metido?

—Sí. Y te prometo que nadie me ha abierto las piernas.

Solté un taco.

—Obtuve su pista en el Tuset Club. Resulta que trabajó allí como artista de *strip-tease* y cantante durante una larga temporada, el tiempo que estuvo unida sentimentalmente al dueño del club: Louis Nelson.

—¡Louis Nelson! ¡Menudo pajarraco!

—Lo sé.

—Cuidado con él. Es un *gangster* vestido de etiqueta. Su sonrisa solo sirve para confiar a sus víctimas.

—No pienso verle. He conseguido ya la dirección de la chica. Voy para allá.

—Espérame.

—Nos veremos allí. Monna Farber. 24, Holliday Street.

—¡Oye...!

No me hizo caso. Colgó.

Me quedé unos instantes mirando el auricular y luego lo deposité en la horquilla.

Poco después corría con mi coche hacia la dirección que me había facilitado. Dejé atrás el centro de la ciudad para introducirme en uno de los peores suburbios. La diferencia era notable: calles sucias, antros a puñados, gentuza por las aceras, mala iluminación (la tarde ya moría), mendicidad, vendedores ambulantes de drogas, racismo, marginados sociales... todo otro mundo, muy distinto al de las calles con tiendas de lujo y edificios monumentales, repleto de una masa que iba desde la burguesa medianamente satisfecha hasta la millonaria.

A todo aquello habían prometido poner fin los candidatos, como anteriormente lo habían hecho otros. Pero nada cambiaría, porque para ello habría que cambiar a toda la sociedad, ¿y quién es el guapo que lo hace?

Holliday Street solo podría vanagloriarse del resto por su sugestivo nombre. Nada más.

El número veinticuatro correspondía a un edificio de cinco plantas que estaba para el derrumbe. El portal estaba abierto y lleno de suciedad. Como no había visto por ningún lado a Carol y el lugarejo carecía de portero, opté por consultar los buzones. Monna Farber ocupaba la vivienda número cuatro.

Tampoco había ascensor, así que utilicé la escalera. Pensando cómo una muchacha dedicada al *strip-tease* y a la canción podía vivir en un sitio como el que pisaba, llegué hasta la puerta.

Mis pensamientos se borraron al momento de mí cerebro, nada más escuché los extraños ruidos del interior. Parecía como si estuvieran desgarrando algo.

Pegué el oído a la hoja de madera y escuché.

—¡No mintió! —dijo una voz masculina, ronca—. ¡Aquí no hay nada!

—¡Puerca! —bramó otra voz de hombre.

No me lo pensé más. Decididamente me lancé contra la puerta. Esta no aguantó mi embestida y así pasé al interior. El cuadro que me encontré me enrabió sobremanera. El *living* del apartamento estaba semidestrozado, los dos hombres rasgaban en aquellos momentos una butaca... y dos mujeres yacían inmóviles, quietas como muertas, sobre el suelo, entre objetos decorativos, una mesa volcada, una pantallita y los muelles del sofá.

Una de las mujeres era Carol.

CAPÍTULO VII

Los dos hombres me vieron y no se anduvieron con chiquitas.

—¡Plomo para el entrometido! —rugió uno de ellos, cuando ya soltaban la butaca despanzurrada.

Fue algo así como en un duelo del viejo y legendario Oeste.

Ellos echaron mano de la pistola que llevaban en la axila y yo también.

Mi revólver reglamentario fue el primero en abrir fuego.

Estaba rabioso, obsesionado por la visión de las dos mujeres tumbadas en el suelo. Y por ello fui implacable, amén de que me iba la vida en juego también.

Uno de los tipos gritó como si le hubieran aplicado un hierro al rojo, pero era tan solo un pequeño trozo de plomo candente lo que se le había incrustado en los pulmones, originándole un ahogo que le obligó a dejar las cosas de esta vida, las malas y las buenas.

El otro ya iba a disparar contra mí. Me adelanté por décimas de segundo. Mi bala le alcanzó en la cabeza y lo lanzó violentamente hacia atrás. Tropezó contra una vieja consola y se derrumbó como un pesado fardo.

No me preocupé más de ellos. Me agaché junto a las mujeres y en primer lugar —tal vez por temor a enfrentarme con una cruda e irreparable realidad— observé a la rubia. Hice rechinar mis dientes. Se habían ensañado con ella hasta matarla. Algo parecido a lo sucedido con Ricky Morton. La paliza que le habían dado era de espanto.

Notando un cierto temblor en mis manos, me incliné entonces sobre Carol. Ella, al menos, no presentaba ningún desfiguramiento, sus ropas estaban intactas... Le tomé el pulso y mi corazón brincó como un potro salvaje al notar las pulsaciones de ella. ¡Vivía!

Exploré mejor su cuerpo y enseguida di con la causa de su inconsciencia. En su cabeza comenzaba a hacer acto de presencia un llamativo chichón.

No hizo falta que recurriera a ningún método en especial. Ella comenzó a despabilarse poco a poco, murmurando soni— dos ininteligibles y entreabriendo los párpados ligeramente.

—¡Joe! —exclamó cuando al fin me reconoció—. ¡Oh, Joe! ¿Qué... qué ha pasado?

No le pude contestar de momento. Del exterior llegaban voces, gritos. Los vecinos debían haber escuchado los disparos y estarían haciendo cábalas sobre cuál debía ser su forma de actuar.

La abandoné unos instantes y salí a la puerta. Tres mujeres y dos hombres comentaban entre sí en el rellano. Las mujeres y uno de los hombres hablaban de largarse de allí inmediatamente y avisar a la policía; el otro hombre proponía averiguar los hechos.

Fue este último quien más respingó, retrocediendo asusta— do, cuando yo abrí la puerta y aparecí ante ellos. Mi credencial iba por delante.

—Llamen al Police Department y pregunten por el capitán Thomas Vernon. Que venga aquí inmediatamente.

No dije más. Cerré la puerta y regresé al interior. Carol se encontraba ya sentada sobre sus posaderas, las manos apoyadas en el suelo. Miraba incrédula todo cuanto la rodeaba. Luego clavó sus ojos en mí y murmuró más como afirmación que como pregunta:

—Están muertos...

—Sí.

Me acerqué a ella y la ayudé a incorporarse. No se mantenía muy firme en pie todavía, así que la tomé por la cintura y ella apoyó su cabera en mi hombro, venciendo su cuerpo hacia mí.

—Debiste esperarme —la recriminé.

—Ni por un momento pensé que... que pudiera suceder todo esto...

—Este juego es a muerte y hay que andar con cuidado, Carol. Ella es Monna Farber, ¿no?

—Sí. Coincide más o menos con la descripción de Tim y también con la que me hicieron en el Tuset Club. No llegué a hablar con ella...

—¿Cómo fue?

—Subí, llamé, me abrió ese... ese hombre —lo señaló—, pregunté por ella, él me invitó a pasar, creí que era un amigo suyo, pasé confiada... ¡y de repente noté un fuerte golpe en la cabeza!

—¿Nada más?

—Nada.

—¿No te dijo nada en especial?

—No.

—¿Ni tampoco escuchaste...?

—Tampoco.

Chasqueé la lengua, pensativo.

—¿Es... es ella la mujer rubia de Bond Street? —me preguntó al cabo de unos segundos.

—¿Cómo sabes lo ocurrido allí?

—Hablé con mi padre.

—Ya.

—¿Qué crees?

—Bien —la solté—. Ahora lo sabremos.

Avancé hasta la infortunada Monna Farber. Me puse en cuclillas y tomé su brazo derecho. Terminé de rasgar la manga de su blusa semirrota. Sobre nosotros, la muerta y yo, se proyectó la sombra de Carol al acercarse. Le mostré al completo el brazo desnudo.

—Muchos hematomas —dije—, pero ninguna herida. Ninguna señal de bala.

—¿Cómo es eso?

—¿No te lo contó tu padre?

—¿El qué?

—La mujer que citó a Travers sufrió un rasguño en el brazo derecho. Encontramos su gabardina con algunas huellas de sangre.

—¡Entonces no es la misma mujer!

—Elemental, querido Watson.

—¿Y qué piensas de todo esto?

Me levanté.

—Bueno, podemos decir que Ricky Morton tenía las pruebas de una corrupción, que lo apalearon con la intención de conseguirlas, pero se les fue la mano... Igual les ha pasado con esta, aunque posiblemente ella no supiera nada, ya que está claro que hay otra mujer en el juego y es la que tiene esas pruebas... Ahora bien, ¿qué importancia tenía en el asunto esta mujer?

—¿Y por qué sospecharon de ella?

—Las manos sucias que manejan esta ciudad tienen pagados muchos soplones. Supongo que la noticia de la misteriosa mujer rubia debió correr enseguida como reguero de pólvora, y alguien pensó en Monna Farber.

—¿Por qué?

—Porque debía conocer su unión, su contacto, o lo que itera con Ricky Morton.

Las huestes del capitán Vernon llegaron en esos momentos, con él al frente.

Conforme le fui explicando lo sucedido, su sudor fue en aumento.

—El caso se nos está yendo de las manos —comentó, sacando un pañuelo para limpiarse—. No sé cómo va a digerir esto el comisionado.

—Usted es el que habla con él. Tranquilícele.

—Presiento que hay muchos intereses tras todo esto —se asó el pañuelo por el rostro varias veces.

—Seguro. Pero confíe en mí, jefe.

El sargento detective Greg Felman se acercó a nosotros para informarnos:

—Van indocumentados. Pero sus fisonomías coinciden con las de

los tipos que intervinieron en la muerte d: Travers.

—Llame a Fulton y a Jasper y dígales que dejen de ver chavalas. Pareja de... —me callé lo que iba a decir. Les había ganado la mano Carol—. Pónganse ahora a trabajar en esos dos fulanos, quiero saber quiénes son, y no se olviden de la rubia misteriosa. Visiten a nuestros queridos médicos del fichero. Tal vez haya recurrido a uno de ellos...

—Sí, teniente.

—¿Tú qué vas a hacer? —preguntó mi jefe.

—Iré a visitar a Louis Nelson.

—¿A esa rata? ¿Por qué?

—Ella fue su amiguita.

—¡Diablo!

—¡Y yo iré contigo! —añadió Carol, colgándose de mí brazo.

* * *

No tenía aspecto de rata, sino de *dandy*. Treinta años, de buena estatura, mejor complexión atlética y suma elegancia se reunían en él. Poseía unas facciones viriles que parecían ser muy del gusto de las damas y una compostura superior cualquier galante caballero. Sonreía con tremenda facilidad.

Nos recibió muy amablemente en su confortable despacho del Tuset Club, cuando ya las sombras de la noche se habían apoderado de la ciudad. Nos ofreció asiento, nos invitó ¡beber y nos preguntó qué queríamos. En ningún momento, a pesar de ya saber que yo era policía y Carol periodista, se mostró nervioso, hizo un mal gesto o dijo alguna palabra subida de tono.

—¿Monna Farber? —inquirió, sin perder su sonrisa—. ¡Oh, Monna! —suspiró—. ¡Una deliciosa chica! ¡Pero las cosas no pueden durar eternamente...!

—¿Qué quiere decir?

No le habíamos explicado lo que sabíamos, mucho menos que la joven era fiambre.

—Supongo que habrán oído hablar muchas cosas de mí por ahí, sobre todo usted, teniente Grant —acentuó su sonrisa—. No haga caso de ellas. Todo es cochina envidia. Ahora bien, hay una cosa cierta. Me gustan en exceso las mujeres y me encanta variar.

Yo definiría su forma de hablar como la de un cínico agradable. No daban ganas de partírle la boca, sino de sonreír y exclamar: ¡Qué golfo!

—Monna y yo fuimos muy buenos amigos durante una larga temporada. En ese tiempo estuvo contratada por mí para actuar aquí, en el club. No lo hacía muy bien, pero en lo otro era... era... no sé cómo decirlo. Vivimos días muy felices. Pero ya saben, todo se acaba. Apareció otra y... —Adiós, Monna —dije yo.

—Exacto, teniente. Además, había que tener en cuenta que Cindy

trabajaba mucho mejor, y de hecho lo sigue haciendo. No tuve más remedio que dejarla, por el bien de mí negocio, ¿entienden?

—¿Quién es Cindy? —pregunté.

—La nueva estrella del espectáculo de la noche.

—Y su nueva amiga, ¿no?

—Si usted quiere llamarlo así... ¿Quieren más? —nos ofreció de nuevo la botella, al ver nuestros vasos vacíos.

Rechazarnos la oferta y Carol preguntó por vez primera:

—¿Qué sabe de Monna?

—Ya les he dicho que no era ninguna gran cosa como artista. La prueba está que cuando yo la dejé, fue para abajo. Y eso la llevó al alcohol. Como sus ahorros fueron disminuyendo considerablemente, abandonó su lujoso apartamento de alquiler y se trasladó a otro de ínfima categoría. Según tengo entendido, últimamente se dedicaba a la prostitución. ¡Pobrecilla!

Otras personas más sentimentales que nosotros hubieran terminado por llorar ante las palabras de Louis Nelson. Desde su sillón nos observaba con curiosidad, fumando su cigarrillo en boquilla de plata.

—Monna Farber está muerta —dije de pronto.

Nada en él se alteró: ni las facciones, ni el cuerpo, ni los dedos que sostenían la boquilla. Sólo sus labios se movieron para preguntar:

—¿Muerta?

—Sí.

—Algún cliente insatisfecho, seguro. La gentuza que va Con prostitutas es así.

—Se equivoca de medio a medio.

—No le entiendo, teniente.

—Parece ser que su ex amiga andaba metida en un feo asunto.

—¿Ah, sí? Le juro que yo no sé nada. Hace ya tiempo que no la trato. Lo poco que les he contado lo conozco por una de las camareras de aquí, con la que tenía bastante amistad. Se la encontró un día y quedó tan impresionada por su cambio que lo comentó conmigo, por si yo podía hacer algo. Desgraciadamente, yo no soy la Beneficencia.

—¿Quién es esa chica?

—Dorothy.

—¿Está aquí?

—Sí.

—¿Puedo hablar con ella?

—Por supuesto, teniente. En mi local no se oculta nada. Todo el mundo es libre y usted puede interrogar a todo el que desee... siempre que la persona interesada esté de acuerdo.

—Llámelas.

—Cómo no.

Se puso en pie y primeramente apagó la colilla, depositando la boquilla de plata sobre la mesa escritorio. Luego, con pasos pausados, con una gran tranquilidad, se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué piensas? —me preguntó Carol cuando hubo desaparecido de nuestra vista.

—Que este tipo es más peligroso que una serpiente.

—¿Nos está mintiendo?

—Pudiera ser. Pero ¿qué vamos a hacer? ¿Golpearle? Sólo intentar cogerle en alguna contradicción o mentira. Ese es el único método que tiene el policía para que no le censuren que va por ahí dando mamporros a diestro y siniestro. Pero también me pregunto yo, ¿qué vamos a hacer si a la gente no le gusta de decir la verdad y solo entiende el lenguaje del palo, desgraciadamente?

—Si todo el mundo dijera la verdad, incluso los jueces estarían en los banquillos de los acusados.

Reí de buena gana la ocurrente salida de Carol. Y justo en ese instante regresó Louis Nelson, acompañado por una joven trigueña de muy buen ver.

La camarera no opuso la menor resistencia y se mostró la mar de dicharachera. Pero todo lo que nos dijo no servía absolutamente para nada. Era lo mismo que ya le habíamos escuchado a Louis Nelson.

—Está bien —exclamé, levantándome—. Eso es todo.

Carol me imitó. Los dos nos encaminamos hacia la salida.

—Teniente... —dijo Louis Nelson.

—¿Sí? —pregunté cuando ya apoyaba la diestra en el pomo de la puerta.

—Aún no me ha dicho en qué feo asunto se encontraba metida Molina.

—Eso es secreto profesional —repliqué, imitando su sonrisa. Abrí la puerta y le franquéé el paso a Carol—. Procure que no tenga que venir a contárselo, Nelson —agregué como despedida.

Cuando dejamos atrás el Tuset Club le propuse a Carol ir a cenar.

Aceptó. Y durante la comida no cesamos de intercambiar impresiones sobre el caso, aunque sin ningún resultado positivo, sin hallar una luz que nos condujera por el buen camino.

De nuevo en el coche, sonó el timbre del radioteléfono. Era Felman.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Ha habido suerte, teniente.

—¿En qué? ¿La misteriosa rubia?

—No tanta. Me refería a los fulanos que abatió.

—¿Quiénes son?

—Uno, el chato, respondía al nombre de John Robson. El otro, el del mentón partido, se llamaba Carl Hawks.

—¿Y eso de qué infiernos me sirve? —casi chillé, malhumorado.

—Aún no he terminado, teniente —sonó a continuación una breve risita—. Queda lo mejor.

—¡Pues escúpelo ya!

—Los dos están inscritos como obreros en la constructora de Peter Lansing. ¿Escuchó bien, teniente?

—¡Peter Lansing!

—Sí.

—Gracias, Felman. Seguid con lo de la rubia misteriosa. Corto.

Corté. Carol me miraba con cierto asombró. Murmuró:

—Lasing es el que estaba conchabado con el alcalde Carver en lo de los terrenos que de pronto resultaron ser edificables y que nosotros denunciarnos.

—Exacto. Bien; esto nos aproxima más a la corrupción de esta ciudad. ¡Vamos a visitar también a otro «honorable» ciudadano!

CAPÍTULO VIII

Peter Lansing vivía en un soberbio edificio que se levantaba en el número doscientos doce de Park Street, frente al Corsican Bank y el cine Harding a cuya puerta pudimos contemplar una larga cola de hombres y mujeres elegantemente trajeados que iban a asistir a un estreno.

Dadas las horas de la noche, esperábamos que Peter Lansing estuviera en su casa y no se le hubiera ocurrido salir a echar una cana al aire. Peter Lansing era un hombre soltero, relativamente maduro, con fama de juerguista más que de mujeriego.

Tuvimos suerte. La doncella que nos abrió la puerta, con una impecable cofia sobre sus trigueños cabellos, nos comunicó que el señor Lansing sí que estaba, pero que no podía atendernos por encontrarse ocupado con unas visitas importantes relacionadas con su trabajo: el de la construcción. Si dejábamos nuestro nombre y teléfono, ya nos avisarían cuándo podíamos ser recibidos...

Mi credencial puso fin a tanta mandanga social y burocrática y convenció *ipso facto* a la muchacha de que lo nuestro era de prioridad.

Nos pasó a un salón lujosamente decorado, con arte rococó especialmente. Allí estuvimos esperando un cuarto de hora largo, el cual aprovechamos para curiosear la pieza y al final terminar aburriéndonos. Tomábamos asiento cuando apareció el dueño de la casa.

—Buenas noches —saludó sin mucho ánimo.

Peter Lansing era un hombre enjuto que ya había dejado atrás los cuarenta años. Pelo castaño, escaso, peinado con raya en el lado izquierdo, ojos pardos, nariz pequeña, labios delgados, todo ello configurando un rostro bastante vulgar. Ahora bien, su vestimenta no lo era. Traje de chaqueta excelentemente cortado, corbata a juego, con espléndido alfiler sujetándola, zapatos lustrosos... Al alargar la diestra observamos que era cliente habitual de las manicuras.

Correspondimos a su saludo, tras ponernos en pie, y él agregó:

—¿A qué debo esta doble visita?

Al mismo tiempo que hacía esta pregunta nos indicaba con la mano que volviéramos a ocupar nuestros sitios. Él se sentó frente a nosotros, observándonos con mirada preñada de curiosidad.

Yo tomé la palabra:

—Han sucedido unos desagradables hechos hace un rato...

—Oh, sí —me interrumpió. Pareció relajarse—. Lo del director del *Herald*, ese Travers... Lo he visto y escuchado por el canal local de televisión.

—No se trata de eso, señor Lansing.

—¿No?

—Dos hombres han asesinado a una mujer, a punto estuvieron de matar a otra —señalé a la callada Carol—, y también intentaron hacer otro tanto conmigo.

—Bueno, yo... —balbuceó—, ¿yo qué tengo que ver con todo eso?

—Esos hombres se llamaban John Robson y Carl Hawks.

—¿Se llamaban?

—Los tuve que matar.

—Oh... —se removió inquieto en su asiento.

—¿No le dicen nada sus nombres?

—¿Cuáles eran?

—John Robson y Carl Hawks.

—Pues... no.

—Tiene todo el tiempo que quiera. Trate de recordar.

—No. Estoy seguro de no haberlos oído nombrar nunca.

—¿Está seguro?

—Seguro.

Adrede, dejé correr unos segundos de silencio y después se lo solté:

—Ellos trabajaban como obreros de su constructora.

Peter Lansing pegó un bote muy poco ortodoxo, que no hubiera dicho nada a su favor en una fiesta de postín, Con rostro un tanto enrojecido me miró y espetó:

—¡No puede ser!

—Lo es.

—¿Y... y qué trata de insinuar?

—Nada. Sólo espero una explicación por su parte.

—No sé qué decirle... Es la primera noticia que tengo... Tal vez Lorigan...

—¿Quién es Lorigan?

—Mi capataz general. Se encuentra precisamente aquí, de visita.

—Muy bien. Tráigalo aquí y le preguntaremos.

—Conforme.

Salió de la estancia en silencio, con paso presuroso. Nada más cerró la puerta, Carol me encaró:

—Me da la impresión de que está montándonos un número, ¿no te parece?

—Casi seguro —sonreí—. Es muy sospechosa la presencia de su capataz general aquí.

—¿Crees que la tal Lorigan ha venido a informarle de lo sucedido?

—Posiblemente.

—¿Y cómo vamos a demostrar que...?

—Ya te lo dije antes: ellos no van a confesar por las buenas. Sólo queda pillarlos en alguna contradicción, hallar pruebas irrefutables, un inesperado testigo, algo así... Estoy prácticamente convencido de que todos ellos están involucrados en el asunto, de una forma u otra, más o menos: Monna Farber, Louis Nelson, Peter Lansing... Ahora, ¿qué exacta ligazón les unía a Ricky Morton? ¿Qué había descubierto este?

—Si diéramos con la rubia misteriosa...

—¡Qué más quisiera, nena! ¡Tendríamos casi todo resuelto! ¡Ella tiene las pruebas de Ricky Morton!

—¿Crees que volverá a dar señales de vida?

—Toda persona que pide dinero es porque le hace falta o quiere aún mucho más. No tiene escrúpulos, solo ambición. Sí, estoy seguro de que volverá a intentarlo.

—¿Con quién esta vez?

No llegué a contestar la pregunta porque en ese instante se abrió la puerta y apareció el dueño del piso acompañado por un hombre corpulento, tremendamente ancho de espaldas, que vestía unos gastados pantalones téjanos, una camisa a cuadros y una cazadora de piel. Poseía un rostro cincelado en granito, duro, en el que destacaban los ojos, acerados, de mirada profunda, casi inquietante.

—Pat Lorigan —nos presentó, dando a continuación los nombres de Carol y mío.

—¿Se lo ha comentado ya? —pregunté.

—Sí.

—¿Y...?

—Es cierto y no es cierto —se humedeció los labios con la lengua el capataz general—. Esos dos hombres estuvieron en nuestras nóminas hasta hace poco.

—¿Cómo es eso?

—Yo sé lo explicaré —tomó la palabra Peter Lansing—. Como ya sabrá, teniente, tuve problemas no hace mucho —sus ojos se clavaron en Carol—. Su periódico y también el *Herald* me colocaron en una difícil situación, en contra de la opinión pública. A partir de entonces, las cosas ya no me marchan como yo quisiera. Los contratos son menores, por tanto el trabajo ha disminuido. En fin, resumiendo, nos vimos obligados a reducir la plantilla.

—John Robson y Carl Hawks se encontraban entre los hombres

desechados —terminó la explicación el capataz general.

—Ajá —murmuré.

—¿Y qué sabía usted de ellos? —le preguntó Carol a Pat Lorigan.

—Como comprenderá, a la hora de eliminar personal, se hizo un estudio. Todos los que quedaron fuera son los menos recomendables, los de poco rendimiento, los más conflictivos, etc., etcétera.

—Entiendo —asintió ella—. Quiere decirme que lo que sabe de ellos no dice nada a su favor, ¿no?

—Exacto, señorita Pearson. No los conocía muy a fondo, pero sí lo suficiente para saber que eran escoria. Mala gente. Pero cuando se necesita personal, pues se recurre a todo aquel que se ofrece —quiso excusar seguidamente la contratación de los dos matones—. Según oí comentar a un compañero, últimamente estaban en paro. No me extraña que aceptaran esa clase de... trabajito.

Aproveché para observar a Peter Lansing. Le encontré sereno, seguro de sí mismo, una vez recobrado de la sorpresa inicial... si es que realmente había habido tal sorpresa inicial.

—Unos locos desesperados con pocos escrúpulos —sentenció el dueño de la casa—. Hicimos bien en desprendernos de ellos.

A continuación le dio una palmada a su capataz general, como felicitándole por tan buen ojo a la hora de seleccionar al personal de la empresa.

Era el final de la entrevista. Más no íbamos a conseguir. Así lo entendí y por eso me levanté y le hice una seña a Carol, indicándole que ya todo había terminado y que podíamos marcharnos.

—Lamento no haberle podido ser de más ayuda, teniente Grant —dijo el constructor, cuando ya nos despedíamos—. Y tenga por seguro que si a mis oídos llega algo referente al

actual trabajo de esos dos ex empleados míos, inmediatamente se lo comunicaré.

—Seguro —cabeceé, irónico.

No lo captó o no quiso captarlo. Lo cierto es que seguidamente se dirigió a Carol.

—Siempre a su disposición, señorita Pearson —le dijo, forzando una sonrisa—. Y esta vez les ruego no carguen las tintas conmigo y mi empresa. Como habrá escuchado, no tenía ya ninguna relación con esos dos hombres —recalcó muy bien estas últimas palabras.

Carol no le replicó. Se limitó a estrechar su diestra y dar media vuelta, caminando junto a mí.

—Pero no me han explicado de qué asunto se trata —dijo Peter Lansing, sin poderse aguantar más, al ver que nos íbamos sin apenas soltar prenda.

Giré sobre mis talones, para encararle. Compuse la misma sonrisa que él lucía. Y dije:

—No creo que eso tenga el menor interés para usted... dado que ya no tenía ninguna relación con esos hombres. ¿Qué le importa?

Le vi morderse el labio inferior, con toda seguridad conteniendo su ira.

—Adiós —agregué—. Buenas noches.

La doncella de la cofia impecable nos condujo hasta la puerta. Yo le pregunté:

—¿Qué otras personas están con el señor Lansing? Al entrar, usted nos habló de visitas...

La chica vaciló.

Le mostré mi credencial y agregué:

—Esto quedará entre nosotros.

—El alcalde.

Le di las gracias y nos fuimos definitivamente. Carol comentó por el camino:

—Todos están movilizados.

—Eso quiere decir que tienen miedo. Temen que la cosa estalle por algún lado.

—Me gustaría ser yo quien publicara la verdad de cuanto ocurre.

Yo la miré con una sonrisita. Y ella añadió con rotundidad:

—Por Ricky y por quienes no creen en mí.

Di la llamada por respuesta. Cuando llegamos al coche, el radioteléfono sonaba insistentemente.

Esta vez era el capitán Vernon en persona.

—¡Joe! ¿Dónde andabas metido?

—De visita. Peter Lansing.

—¿Algo interesante?

—No sabe nada.

—Era de suponer.

—¿Qué hay?

—Monna Farber tenía una hermana. En estos momentos se encuentra en la morgue realizando la identificación. Creo conveniente que vayas allí y la interrogues.

—De acuerdo, jefe. ¿Algo de la rubia misteriosa?

—Nada. Los muchachos siguen en el asunto.

—Bien. Hasta luego. Corto.

Puse el motor en marcha y arranqué. Durante el trayecto apenas intercambiamos unas cuantas frases. Los dos nos hacíamos la misma pregunta: ¿sabría algo la hermana de Monna Farber?

El tráfico rodado era escaso, el de a pie nulo. La ciudad aparecía vacía, oscura, silenciosa. Por el contrario, la morgue estaba muy animada. Allí se encontraban los cadáveres de Buck Travers y de Monna Farber, los familiares y amigos del primero, la hermana de la segunda, periodistas, fotógrafos... Carol saludó a sus compañeros,

mientras Gregson, un detective que había dejado allí de guardia el capitán Vernon, me presentaba a Belinda Farber.

Hicimos un aparte los dos, al cual se unió enseguida Carol.

—Pobre Monna... —no cesaba de gemir la mujer, alta y joven, tan hermosa como la muerta. Guardaban un gran parecido. Sus bellos ojos estaban húmedos, enrojecidos por el llanto—. ¿Por qué?

—Eso estamos tratando de averiguar, señorita Farber —le repliqué—. Dígame, ¿cómo eran sus relaciones con su hermana?

—Bueno, solo nos veíamos de vez en cuando. Nuestra forma de vivir y pensar era... era bastante diferente, no sé si me entiende. Ella siempre quiso ser artista, se marchó enseguida de casa, dispuesta a conquistar el mundo de la farándula. Yo, por el contrario, me conformé con el negocio de nuestros padres, del cual ella nunca quiso saber nada. Poseo una pequeña tintorería en la 8th Street, esquina con Coburn Avenue... Pero todo eso no quiere decir que nos lleváramos mal. Nuestros mundos eran distintos y coincidíamos poco. Ahora bien, cuando nos veíamos, charlábamos como cotorras —observé una nota de nostalgia en su voz, que terminó quebrándose en un sollozo.

Aguardé. La luz de un flash me cegó un instante. Carol fue más impaciente:

—Belinda —la tuteó cariñosamente—, ¿cuándo viste por última vez a tu hermana?

—Hace muy poco. Unos cuantos días...

—¿Cuándo?

—¿Hoy es miércoles? —Carol asintió—. Sería el viernes de la semana pasada.

—¿De qué hablaron? —pregunté yo ahora.

—Como siempre, de nuestras cosas...

—¿Nada en especial?

—Que yo recuerde...

—A su hermana no le iban bien las cosas.

—Lo sé. Desde que Louis Nelson le dio la patada, fue yendo hacia abajo. Nadie quería tomarla. Yo le aconsejé que se dedicara a otra cosa, pero ella era muy tozuda. Juraba una y otra vez que triunfaría, solo por darles en las narices a los que no habían creído en ella. ¡Pero ya ven cómo ha terminado! ¡Pobre Monna!

Nuevos llantos. Nueva interrupción. Nuevo flash.

—Según tenemos entendido —volví a la carga cuando la vi más serena—, a su hermana la vieron en compañía de un hombre.

—Eso no es extraño.

—Sí es extraño. El hombre era Ricky Morton. ¿Ha oído hablar de él?

—¿El que anoche ase...?

—El mismo —la corté.

—Ese... —musitó—. Entonces, la muerte de mi hermana tiene que ver con el asesinato de ese hombre.

—No lo sabemos con certeza. Sospechamos que sí.

—Pues... pues yo no tenía noticia de él...

—¿Está segura que su hermana no le comentó nada acerca de Ricky Morton?

—No, pero...

—¿Qué? —la pregunta brotó al unísono de las gargantas de Carol y mía.

—Si ha habido relación entre ellos, como ustedes aseguran... Verán. El viernes me comentó que había salido con un hombre que le había comprado todo lo que había querido a cambio de unas preguntas, sin tener que hacerle ninguna concesión sexual. Eso le había chocado bastante y por eso me lo contó.

—¿Le dijo su nombre? —pregunté.

—No. Sólo me habló de un hombre culto, caballeroso, que nada tenía que ver con la bazofia que estaba acostumbrada a tratar últimamente. Para desgracia suya estaba... estaba practicando la prostitución, según intuí por sus comentarios. Yo me ofrecí a ayudarla, pero no quiso. ¡Monna era tan orgullosa...! No quería deberle nada a nadie. Cuando se unió a Louis Nelson fue por amor. Estaba enamorada de él. Por eso le afectó tanto que la dejara...

Nos estábamos desviando del tema. Ella pareció entenderlo así porque hizo una pausa y luego retornó a la anécdota del hombre culto y caballeroso.

—Le compró ropas, una peluca y un par de botellas de *whisky*. Monna también había caído en la bebida. El alcohol era su única salida...

—Pero ¿qué le pidió a cambio? —me impacienté.

—Sólo que le respondiera a unas preguntas. Eran... eran referentes a Louis Nelson.

—¡Louis Nelson! —exclamé, excitado. Los ojos de Carol se encendieron.

—Quería saber las fechas exactas en las que Louis Nelson había viajado en enero de este año. Un viaje a México, según dijo.

—¿Y?

—Bueno, Monna le confirmó que, en efecto, en enero Louis había salido del país. Los días dieciocho y diecinueve...—, pero no a México.

—¿Adónde?

—A Canadá.

Carol y yo permanecemos silenciosos.

—Eso fue lo que más le extrañó al hombre. Insistió varias veces, preguntándole si estaba segura que el viaje fue a Canadá. Y Monna le respondió que sí. Que había ido allí con la intención de contratar a un

conocido matrimonio de ilusionistas, pero al final no llegaron a un acuerdo y Louis Nelson regresó con las manos vacías.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Sí.

—¿Y estás segura que no te dijo el nombre? —preguntó Carol.

—No, no le dijo su nombre.

—¿Tu hermana no te lo describió?

—No.

—¿Ningún comentario acerca de su persona, aparte de que fuera un hombre culto y caballeroso? —insistió ella, para luego encaramme y agregar—: Hay que confirmar que realmente se trata de Ricky.

—Yo estoy convencido de que sí que era él.

—¡Sí que hay algo, pero no creo que les vaya a servir! —exclamó Belinda Farber de pronto.

—¿Qué es? —inquerí.

—Se encontraron con un borrachín que le conocía. Me lo contó por lo siguiente: el borrachín fue a decir su nombre, pero él habló rápidamente, cortándole. Estaba claro que no quería que supiera quién era.

Carol y yo intercambiamos una mirada. Tim Caldwell, nos dijimos con los ojos. ¡Ahora sí que era seguro que se trataba de Ricky Morton!

—Gracias, señorita Farber. Nos ha sido de una gran ayuda.

—No hay de qué, teniente.

—Pero le voy a hacer un ruego...

—¿Sí?

—No comente con nadie todo lo que hemos hablado, ni amigos ni periodistas.

—De acuerdo, teniente. ¿Puedo...?

—Puede.

Se retiró con paso lento de nuestro lado. Carol dijo al momento:

—Yo soy periodista, ¿recuerdas?

—Lo sé, pero imagino que tendrás suficiente cabeza y responsabilidad para darte cuenta de que esto es una cosa seria. Si se cuenta antes de tiempo, no conseguiremos nada. Creo yo que puedes esperar a que tengamos todo bien cogido para entonces escribir tu gran reportaje.

—Me censuras, pues.

—Te pido que no publiques aún nada de lo que hemos hablado con Belinda Farber. No quiero poner alerta a Louis Nelson.

—Me están esperando en la redacción, con media página en blanco.

—Tienes material suficiente: la muerte de Monna, la de Travers, las entrevistas con Nelson y Lansing, los matones ex empleados de Lansing...

—Lo de Belinda es...

—Sí, ya lo sé. Es lo más sensacionalista. Lo que puede causar más impacto. Pero dime, ¿no prefieres esperar unas horas o unos días y entonces causar un auténtico bombazo? Si publicas eso, solo vas a causar un ligero bombazo y toda la gente comprometida en este feo asunto se pondrá en guardia, con lo cual posiblemente no llegues al final de tu reportaje ni yo atrape a los verdaderos cabecillas de la corrupción de esta ciudad, porque les darás tiempo de fabricar su pantalla de humo.

—Entonces, ¿qué propones?

—Aguardar. Tener paciencia. Trabajar en silencio. Ni siquiera me voy a molestar, por ahora, en ir a visitar otra vez a Louis Nelson. Sé que él defenderá su historia; su viaje a Canadá para la contratación de unos ilusionistas, y además eso sería ponerlo en sobre aviso.

—Ya.

—Mañana pondré a los muchachos a trabajar. Hay que recorrer todas las agencias de viaje, todas las oficinas de líneas aéreas, y averiguar si Louis Nelson fue a México o a Canadá.

—¿Y ahora?

—Ahora son las... —consulté el reloj—, las once y media de la noche. Creo que es hora ya de retirarse a descansar. ¿Quieres que te lleve al periódico?

—Bueno.

CAPÍTULO IX

Al día siguiente, los hechos se desencadenaron con una rapidez insospechada.

Tras informar a mí superior de la entrevista realizada con Belinda Farber, estuvo de acuerdo en comenzar las investigaciones que yo estimara oportunas. Sólo me observó lo siguiente:

—¿Por qué el viaje en avión?

—Imposible que fuera a México o Canadá en autobús, tren o coche, y regresara al otro día.

Prácticamente toda la Brigada 18 de detectives de la Sección de Homicidios quedó a mí cargo. Unos tratando de localizar a la rubia misteriosa con el brazo derecho herido, los otros recorriendo las oficinas de líneas aéreas y las agencias de viaje.

Yo también colaboraba en esto último y, desde mi coche, estaba al tanto de lo que realizaban los detectives a mis órdenes.

A las diez de la mañana recibí una llamada de mí jefe.

—Ha telefoneado tu amiga la periodista.

—¿Sí? —un cierto cosquilleo culebreó por mí espina dorsal. Todavía parecía sentir en mí la caricia de sus manos y labios, la tibieza de su piel, los estremecimientos de su cuerpo...

—Quiere verte. Dice que es urgente. Me volverá a llamar.

—Voy a la agencia de viajes Carmody. Allí la espero. Comuníquesele.

—Okay. ¿Alguna novedad?

—Nada, jefe.

Igual resultado obtuve en la mencionada agencia. Al salir, me encontré con ella.

Estaba radiante, fresca, lozana. Impulsivamente, en mitad de la acera, la tomé por la cintura y la besé con ardor en los labios.

—¡Joe! —protestó, separándose.

—¿Qué ocurre? —fruncí el entrecejo—. ¿Acaso me has citado para comunicarme que estás arrepentida de lo de anoche?

—No.

—Entonces hice bien en esperar a que acabaras de escribir tu crónica.

—Lo estaba deseando tanto como tú.

—¿Porqué...?

—El trabajo —no me dejó completar la pregunta—. He descubierto algo que puede ser tremendamente importante.

—¿Qué es? —me interesé, olvidando ya los momentos románticos.

—Vayamos al coche.

Fuimos. Nos acomodamos. Encendimos unos cigarrillos.

—¿De qué se trata? —inicié la conversación.

—Esta mañana, cuando llegué al periódico, se me ocurrió meterme en el archivo. ¿Por qué no curiosear los diarios de esas fechas? Ya sabes, el dieciocho y el diecinueve del mes de enero pasado.

—¿Y?

—¿Sabes lo único llamativo que sucedió en la ciudad?

—Tú dirás. No recuerdo.

—El caso Power-Ford.

—¿Power-Ford? —murmuré, forzando mi memoria.

—Richard Power-Lawrence Ford. Bueno, tu sección es la de Homicidios, no la de Robos, pero podías recordarlo. Permite que te refresque la memoria —sacudió su cigarrillo en el cenicero del coche—. Richard Power, como sabes, es propietario de una importante compañía joyera. Pues bien: el diecinueve de enero denunció la falta de un importante muestrario de joyas. Al mismo tiempo, uno de sus más allegados empleados, Lawrence Ford, el jefe de administración, había desaparecido. Las sospechas recayeran sabré él, por supuesto. Se hicieron las oportunas investigaciones y se averiguó que el día dieciocho Lawrence Ford había tomado un avión con destino a...

—¿A...?

—México —sonrió.

—¡México! —repetí en viva voz.

—El asunto pasó entonces a las autoridades mexicanas —prosiguió ella con la historia—, pero nunca se dio con el paradero de Lawrence Ford. Se supone que en México debía tener algún contacto, un perista tal vez. Colocó la mercancía, cambió sus documentos y desapareció. Nunca más se supo de él.

Me quedé un ralo pensativo, asimilando todo lo escuchado por boca de ella. Desde luego, Carol era una eficiente colaboradora. Casi estaba por incluirla en la Brigada 18. Y por otro lado, todavía no le había dado las gracias por su reportaje aparecido aquella mañana, eludiendo las declaraciones de Belinda Farber.

Como yo no decía nada, agregé:

—¿Habéis ya comprobado lo de Louis Nelson?

—Por ahora los resultados son negativos. No tenemos indicios de que fuera a Canadá ni a México.

—Cuando Ricky comentó México, seguro que fue a México.

—Bien. ¿Adónde quieres ir a parar?

—No lo sé exactamente —se encogió de hombros—. Lo he comentado con mi padre y pienso que se podrían hacer algunas conjeturas.

—Esperaremos.

Al mediodía, mis hombres y yo habíamos finalizado el trabajo. El resultado: totalmente negativo. Carol tomó la palabra:

—Está claro que se evaporó dos días de la ciudad. Según Monna y sus amistades se fue a Canadá a contratar un matrimonio de ilusionistas para el club. Según Ricky, fue a México.

—Podía estar equivocado —objeté.

—Ten en cuenta una cosa, atendiendo a la declaración de Belinda Farber. Ricky solo quería saber en qué fechas de enero había viajado Louis Nelson a México. «Él sabía que había ido a México».

—Entonces, con lo investigado, deducimos una cosa: Louis Nelson debió ir a México con nombre falso.

—Sí. Y justo el mismo día que Lawrence Ford.

—¿Cuáles son las conjeturas?

—Louis Nelson era un cómplice de Ford y le ayudó en su huida, estableciendo una falsa pista.

Me quedé mirándola con asombro. Le di al encendido y dije:

—Vayamos a apretarle las tuercas a Nelson.

A la puerta del Tuset Club encontramos un gran gentío, una ambulancia, varios coches patrulla... Me identifiqué y así logré enterarme de lo que sucedía.

—Louis Nelson se ha suicidado, teniente —me informó un patrullero—. Se ha volado la tapa de los sesos.

—¿Seguro?

—Esa es la primera impresión.

—¿Se sabe la razón?

—Ahí viene el detective encargado...

Un hombre alto y enjuto salía en aquellos momentos del club. Lo reconocí al instante.

—¡Thompson!

—¡Teniente Grant! ¿Cómo usted por aquí?

Le di una somera explicación. Luego le solicité todos los datos que ya hubiera reunido del caso.

—Ha dejado una carta firmada. En ella confiesa todas sus fechorías a lo largo de su vida —echó mano de un bolsillo de su chaqueta—. Aquí la tiene.

La leí apresuradamente. En efecto, entre sus fechorías —numerosas, por cierto— contaba la del asunto Ford. Él fue quien tomó el avión de México mientras Ford huía hacia Europa con documentos

falsos. Le dio un tanto y no volvió a saber de él.

Le devolví a Thopson* la carta.

—¿Qué piensa, teniente?

—Ya te lo diré más tarde. Sigue con el asunto.

Regresé junto a Carol. Nada más la puse en antecedentes, exclamó con vehemencia:

—¡Un cuerno!

—Se mueven con rapidez, los condenados —murmuré, rabioso—.

Aún recuerdo las palabras de Lewis Roscoe: debemos estar rodeados de chivatos por todos lados.

Sonó el radioteléfono.

Era el capitán Vernon.

—¡Joe! ¡Louis Nelson se ha suicidado!

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Estoy aquí, viendo cómo lo sacan.

—He enviado a Thompson ahí.

—Ya llegó y está en el trabajo. He hablado con él.

—¿Crees que Nelson se...?

—No me lo creo ni aunque me lo jure Dios.

—Ya. También hay otra cosa, más importante.

—¿Qué?

—La rubia misteriosa.

—¿Han dado con ella, por fin? —grité, excitado.

—Ella ha dado con nosotros.

—¿Qué quiere decir?

—Ven para acá y lo sabrás. ¡Deprisa! ¡También he citado al comisionado!

Cuando llegamos al despacho del capitán Thomas Vernon, el jefe supremo ya se encontraba allí. Era un hombre maduro, de pelo entrecano, gruesas bolsas bajo sus ojos color cielo raso y boca de labios abultados. Fumaba un grueso habano y no dejaba de mirar la grabadora que había sobre la mesa escritorio.

—Telefoneó —nos explicó el capitán, una vez estreché la diestra del comisionado y le presenté a Carol—. Lo hizo desde varias cabinas, para evitar que la localizáramos. Por tanto, la grabación está hecha a trozos y falta la primera conexión.

Apretó una tecla.

—Sí, sí, soy yo otra vez, la mujer que citó al director del *Herald*. No me entretengan. Conozco sus trucos por las películas. Atiendan bien.

—¡Oiga...! ¡Oiga...!

Silencio.

—Ya sé que ustedes no suelen aceptar trueques —volvió la voz de

la mujer—, pero yo estoy desesperada y necesito dinero igual que ustedes parecen necesitar lo que yo tengo. He decidido tratar directamente con ustedes, ya que de los periódicos no se puede una fiar. Escuchen mis condiciones:

—¡Diga!

Nada. Nuevo silencio.

—Quiero diez mil dólares por la cinta de Ricky Morton. Sin trampas. Dejarán el dinero en la papelería de la entrada sur del Highland Park, junto a la fuente que representa a un niño orinando. Cuando tenga el dinero y esté segura, les enviaré la cinta.

—¡Eso no es justo! ¡Escuche usted...!

Otra pausa.

—Tienen que arriesgarse. Les prometo juego limpio. Soy una persona honrada, pero ahora me encuentro en serias dificultades —su voz se quebraba. Parecía que fuera a llorar—. ¡Necesito el dinero para seguir adelante!

—¡Pero...!

Tuvimos que aguardar otro ratito.

—Eso es todo, señores —retornó la voz de la mujer. Nuevamente había firmeza—. A las cinco de la tarde en Highland Park Cumplan y cumpliré.

Ahora fue el capitán Vernon quien cortó la comunicación, apretando una nueva tecla.

Yo me quedé hondamente pensativo. En mi mente bailaban juguetonas las palabras desesperadas de la mujer, su quiebro de voz, su patetismo... Y, además, tenía los cabellos rubios. Y debía ser conocida de Ricky Morton.

Mientras las piezas se acoplaban en mi cerebro, escuché la voz del comisionado:

—No va a haber más remedio que seguirle el juego.

—Si —cabeceó Thomas Vernon—. Nos es precisa esa cinta. Puede ser la clave del asunto, habida cuenta que Nelson ha muerto.

—En fin —suspiró el comisionado con resignación—, daré orden para que paguen el dinero.

—Un momento —dije yo—. No va a hacer falta, señor.

—¿Por qué?

—Sé quién es esa mujer.

Los tres me miraron como si fuera un iluminado del Espíritu Santo.

CAPÍTULO X

—Hola, señora Mills.

La mujer se quedó de piedra al verme, incapaz de reaccionar. Seguía teniendo el mismo aspecto patético del día anterior.

Pasé adentro, seguido de Carol que fue quien cerró la puerta.

Sin más palabras y viendo que ella no decía ni hacía nada, parecía una estatua, le tomé el brazo derecho sin encontrar ninguna resistencia y le rasgué sin miramiento alguno la manga de la blusa. Quedó al descubierto un apósito.

—Buena nos la ha jugado, señora Mills —mascullé, arrancando el esparadrapo y la gasa. Observé la pequeña herida, propia de un arañazo de bala. Uno entendía de eso bastante—. Es usted una perfecta imbécil —agregué con dureza, sin poderme contener.

—Me... me hace daño... —habló al fin, quejándose al notar la fuerza de mis dedos presionando en su brazo.

—Me gustaría hacerle algunas cosas más, maldita sea usted. Ricky Morton le confió la cinta por si le ocurría algo y usted...

—¡Necesito el dinero! ¡Necesito el dinero!

—Ya lo he escuchado en la grabación que hicieron mis compañeros. Su forma de hablar, el color de sus cabellos, su relación con Ricky Morton... todo eso la delató. Lo malo es que lo comprendí demasiado tarde. ¿Sabe las vidas que ha costado su comportamiento? ¿Lo sabe?

—Yo... mi marido... —balbuceó, Cerrando los ojos porque ahora mis dedos debían parecer garfios de hierro.

—Su marido, sus necesidades, su desesperación, sí, ya lo sé. Pero lo único cierto es que su egoísmo la ha llevado a asesinar indirectamente. Si me hubiera entregado esa cinta ayer no habrían muerto varias personas. Ese es el fruto de su cochino egoísmo.

—¡No, por Dios, no diga eso!

—Deje a Dios en paz. Siempre lo nombra. Ayer igual. No me diga que es usted creyente. ¿Y qué ha conseguido? Que su marido se lleve por delante unas cuantas vidas.

—¡No me hable así, no me hable así, por Dios! ¡Lo hice por... por...!

—Vamos, dígallo, señora Mills. Lo hizo por su bien, por el bien de

su familia, y que al prójimo le den por el culo. ¿Lo quiere más claro? ¿Necesitaba usted dinero? Pues nada: saquémosle jugo a la cinta del vecino. ¿Qué eso significa que mueran otras personas? A usted, ¿qué? Ni las conocía...

—¡Joe, por favor! —suplicó entonces Carol, observando el rostro contraído de la mujer.

La solté bruscamente. Miré a la mujer que había empezado a amar.

—Me repugna esta gente media, mezquina y estúpida. Estamos rodeados por una insolidaridad asfixiante...

—Pero tal vez la culpa no la tengan ellos. Hay factores que...

Se oyeron unas carreras por el pasillo y aparecieron dos críos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó el niño, rubio, de unos cinco años —. ¿Qué pasa?

—¿Quiénes son estos señores? —preguntó la niña, tan rubia como su hermano y un par de años mayor—. ¿Por qué tienes ese aspecto?

—¿Son... son asaltantes...? —tragó saliva con dificultad el niño.

Cerré los ojos, sin poder soportar la mirada de reproche de Carol. Agarré el pomo de la puerta, abrí y salí. Esperé fuera, fumando un cigarrillo y tratando de serenar mis ánimos.

Cuando apareció Carol, traía la cinta en la diestra. No cruzamos palabra alguna. Caminamos en silencio hasta la cabina del ascensor.

—Ella ni siquiera conoce su contenido —me dijo, mientras descendíamos—. No tiene reproductor a *cassette*.

Yo sí tenía un radiocassette en el coche. Allí la escuchamos.

»—¿Señor Power?

—Sí.

—Soy Nelson.

—Oh.

—El jefe me ha dicho que se muestra usted algo reacio. Cree conveniente que yo le recuerde quién le libró de los cuernos y de la quiebra. Recuerde también que fui yo quien viajó a México y no el que está enterrado en...

—¡Cállese!

Una risita.

—¿Seguirá adelante?

—¡Sí!

—Adiós, futuro alcalde».

Eso era todo. Tan breve, pero tan lleno de dinamita. Explicaba casi todo.

—Estamos en la recta final —dije, dándole al encendido—. Vamos a conseguir los últimos datos. Yo cerraré el caso y tú tendrás tu reportaje soñado.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, hablando al fin.

Apagué el cigarrillo en el cenicero y le contesté:

—A casa del futuro alcalde.

Cuando llegamos allí, solo encontramos a la esposa de Power. La señora seguía guardando su parecido a la Doris Day de la época que hacía comedias con Rock Hudson. Forzó una sonrisa al reconocermé.

—Mi esposo ha salido. ¿Ocurre algo?

—Me temo que sí, señora. ¿Tiene una *cassette*?

La trajo y puse la cinta. Escuchábamos en tenso silencio. Al final, ella estaba pálida y compungida. No se atrevía a mirarnos.

—¿Qué dice a todo esto, señora?

—Yo... es la primera vez que... que sé de ello...

—¿Seguro?

—Se lo juro, teniente.

Me pareció sincera. Carol me relevó:

—¿Su esposo atravesaba un mal momento económico por aquellas fechas?

—Sí.

—Y usted mantenía relaciones con Lawrence Ford, ¿no?

—Sí...

—Nos vamos entendiendo —chasquéé la lengua, satisfecho—. Entonces su esposo decidió unirse a la chusma de esta ciudad para salir del doble aprieto. Podemos imaginar las condiciones impuestas. Por aquella época ya había estallado el escándalo del alcalde Carver con la constructora Lansing. Su marido iniciaba una carrera política. ¿Por qué no utilizarlo como sustituto de Carver, ofreciendo una nueva imagen, en contra de ellos mismos? Supongo que sería algo así. Y su esposo aceptó. Él se quedaría con las joyas, que luego revendería con toda seguridad, cobraría el seguro y además eliminaría al amante de su esposa. Louis Nelson se encargó de ello. Incluso tomó un avión a nombre de Lawrence Ford rumbo a México para hacer más verosímil el robo del empleado infiel. Y todo el mundo se lo tragó.

—I... incluso yo —murmuró Brenda Power, cabizbaja. Estaba a punto de llorar—. Se lo juro, teniente. No sabía nada de eso. El mismo me convenció de que Lawrence no me quería realmente y que solo me había utilizado para ganarse la confianza, conocer más datos sobre nuestra forma de vivir y así planear el robo sobre seguro. Me lo creí. ¡Qué tonta fui! ¡Pobre Law!

—Está bien, señora Power. Sólo falta que nos diga dónde podemos encontrar a su esposo.

—En su sede electoral.

—Gracias.

La dejamos allí, pensativa, concentrada en sí misma. Ni siquiera nos acompañó hasta la puerta.

Al llegar a las oficinas de Sunset Street, nos llevamos una gran

sorpresa. Nos la dio Irving Galloway, el director de campaña.

—Aquí no está.

—Su esposa nos ha dicho que...

—Me extraña —me interrumpió—. Ella sabe tan bien como yo que su marido tiene una reunión con el padre de la señorita y el director del periódico para tratar de la campaña publicitaria en el *Courier*.

Carol y yo nos mirarnos.

—¡Nos engañó! —farfullé, golpeando con un puño la palma de mi otra mano.

CAPÍTULO XI

Llegamos a la redacción del *Courier* jadeando. Clem Allen, el redactor jefe, nos atendió al momento.

—Su padre se encuentra reunido con Richard Power y el «diré» en el despacho de este último, señorita Pearson. No hace mucho se ha unido al grupo la esposa del candidato.

—¡No! —exclamé yo, y justo en ese instante sonaron los disparos. Demasiado tarde.

Todos los que se hallaban en la amplia sala, trabajando con las máquinas de escribir, dejaron sus quehaceres para mirar, al igual que nosotros, hacia la puerta sobre la que rezaba el letrero DIRECCION.

Transcurrieron unos densos segundos de expectante atención.

Por fin se abrió la puerta de marras y todos pudimos ver a una vacilante Brenda Power, con un revólver en la diestra. Todavía salían algunas volutas de humo por el cañón.

Carol fue a correr, pero yo la detuve por un brazo. Brenda Power alzó su mirada, nos recorrió con ella, y luego soltó el arma.

Clem Allen, el redactor jefe, ya había entrado en el despacho del director. Salió con el rostro descompuesto y un folio en la diestra. Brenda Power clavó sus enrojecidos ojos en él.

—Eran mentira, basura —espetó, despectiva—. Lea la confesión que les he obligado a firmar y se dará cuenta.

Clem Alien leyó con voz temblona, emocionada también. Sus palabras resonaron en el silencio de la sala de redacción.

Lo más sorprendente era el descubrimiento de Frank Pearson como jefe de la organización criminal que dirigía la ciudad. Claro que así se explicaban muchas de las cosas extrañas que habían sucedido... Por ejemplo, que Slim Perkins, el redactor jefe del *Herald*, trabajaba a sus órdenes y que gracias a él supo de las investigaciones que estaban llevando a cabo los redactores de dicho periódico sobre el caso Carver-Lansing. Ya no había forma de frenarlo, así que decidió, por el bien de su periódico, ser él quien tirara de la manta, aunque eso fuera echar piedras sobre su propio tejado. Así mantendría su fama de independencia y honorabilidad. La cuestión estaba en buscarle un sustituto a Errol Car— ver, quien a partir de entonces caería en desgracia y ya ningún ciudadano creería en él. Y la solución le vino a

los pocos días, en una conversación amistosa con Richard Power, joven joyero con aspiraciones políticas. Se encontraba en dificultades. Lo tanteó y al final llegó a la conclusión de que era fácilmente corruptible. Lo puso en contacto con Louis Nelson y entre ellos planearon lo del supuesto robo, implicando al amante de la mujer de Power. Ahora ya lo tenía en sus manos. Era la nueva imagen que necesitaba para sustituir a Errol Carver. Incluso le enfrentaría contra él y sus testaferros... Luego, todo se complicó por culpa de Ricky Morton, quien había interceptado una llamada telefónica entre Nelson y Power, pues este último se mostraba un tanto arrepentido, miedoso. Ricky Morton, cuando hizo las comprobaciones pertinentes, le llamó telefónicamente para proporcionarle la información, confiando en su honradez. Dio la casualidad que no estuviera en casa y sí su hija. Así se complicó, pues no podía negar que Ricky Morton iba tras un caso de corrupción (y menos mal que a Carol no le había contado más). Telefonó rápidamente a Lansing y este envió a dos de sus ex obreros, metidos a matones, quienes interceptaron la llegada de Morton al periódico. Se lo llevaron a las afueras, le quitaron las pruebas, Morton les amenazó con una copia, le golpearon tratando de que confesara quién la tenía, no controlaron sus golpes y acabaron matándole. A partir de entonces se valió de su propia hija para saber cómo iban las investigaciones. Por ella supo de Monna Farber y creyó que se trataba de la rubia que había citado al director del *Herald* (noticia que supo gracias al chivato de Slim Perkins y pudieron actuar los matones). Robson y Hawks volvieron a pasarse, sin conseguir nada, y evitando matar a la hija del jefe. Por ella supo también de lo de Louis Nelson, y Pat Lorigan, el capataz general de Lansing, se encargó del «suicidio», con lo que había que procurar que se cerrara el caso definitivamente... Aparte había otra serie de confesiones, acerca de asuntos que no afectaban a este caso, pero que probaban la corrupción de aquellos hombres.

El espeso silencio que se hizo nada más terminó la lectura ¡Clem Allen fue roto por la emotiva exclamación de uno de los redactores:

—¡No podemos dejar pasar esta oportunidad! ¡Es pura dinamita! ¡Es el reportaje soñado!

Se trataba de un hombre joven, con el brillo del periodismo independiente en sus ojos. Se encontró con la mirada ¡recriminatoria de su jefe.

—Bueno, bueno —dijo Clem Allen, cuya experiencia le hacía medir más las palabras—. Ahora la propietaria del periódico es la señorita Pearson. Por tanto, se hará lo que ella diga.

Carol y yo nos miramos fijamente. En sus ojos había un dolor indescriptible. Sabía lo que estaba sufriendo, sabía que estaría pensando en muchas cosas de las que habíamos hablado. De pronto,

dio media vuelta, echando a andar hacia el despacho del director. Con voz entrecortada, que me puso la piel de gallina, dijo:

—Adelante con el reportaje soñado, Clem.

Yo fui tras un rastro de lágrimas.

FIN

TITULO ORIGINAL EN INGLES:
"AN STAR IN THE FLOOR"

AUTOR:
FATT ROWNER

PORTADA:
CORTIELLA

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA

El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**Asegure
su
ejemplar**

**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTÁS.**

Impreso en España



Table of Contents

Título	página
CAPITULO PRIMERO	
CAPÍTULO II	
CAPÍTULO III	
CAPÍTULO IV	
CAPÍTULO V	
CAPÍTULO VI	
CAPÍTULO VII	
CAPÍTULO VIII	
CAPÍTULO IX	
CAPÍTULO X	
CAPÍTULO XI	